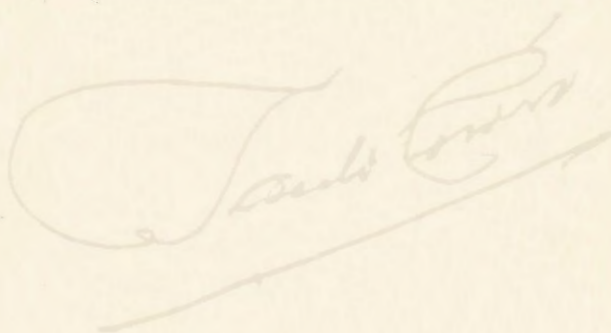


Saulo Torón

El caracol encantado y otros poemas



BIBLIOTECA BASICA CANARIA

24

EL CARACOL ENCANTADO Y OTROS POEMAS

Edición de José Carlos Cataño



Biblioteca Básica Canaria

Director

Juan Manuel García Ramos

Consejo asesor

María Rosa Alonso

Juan Jesús Armas Marcelo

Joaquín Artiles

Luis León Barreto

Sebastián de la Nuez

Pablo Quintana

Jorge Rodríguez Padrón

Lázaro Santana

Maximiano Trapero

Comisión técnica

Coordinación:

Maximiano Trapero

Corrección:

Juan Antonio Martínez de la Fe

Diseño:

Juan Francisco Alamo

Producción:

Carlos Gaviño de Franchy

Secretaría:

Bernardo Chevilly

Mireya Jiménez Jaén

Saulo Torón

EL CARACOL ENCANTADO
Y OTROS POEMAS

Islas Canarias
1990

© Para la introducción **José Carlos Cataño**

© Para el texto **Saulo Torón**

©  Viceconsejería de Cultura y Deportes.
Gobierno de Canarias

ISBN: 84-87137-31-8

Depósito Legal: M. 1.644-1990

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCIÓN	11
1. EL CARACOL ENCANTADO	
A Saulo Torón, por Antonio Machado	29
Dedicatoria	31
PRELUDIO	33
El mar es a mi vida	33
INICIACIÓN	35
I. Primer claridad del día	35
II. Y el alma, desnuda, se alza	36
III. Tú no eres, sol, lo que eres	36
IV. Qué efímera es la espuma	37
V. Ser cada vez más bueno	37
VI. Roca del mar, yo sé	37
VII. Ola mansa, ola humilde	38
VIII. Nube baja, jirón tenue	39
IX. Arena	39
X. Mar violento o pacífico	40
XI. ¿Tú quién eres, el que estás	41
XII. Mañana nueva	41
XIII. Pasa un instante alucinante	42
XIV. ¡Y surges ante mí!, no sé de dónde	42
XV. Pero apenas te disipas	42
XVI. ¡Vendrás! Yo no sé por dónde	43
XVII. Y haré contigo, cuando llegues	43
PLENITUD	45
I. Mar del mediodía	45
II. ¡Llegaste al fin, mi presentida	46

	<u>Págs.</u>
III. Sacude, mar, tus espumas	46
IV. Transparentemente, como	46
V. Vuela más alto, pensamiento	47
VI. Ese amor vehemente	47
VII. ¡Ser, y no dejar de ser	47
VIII. ¡Mar...!	48
IX. Dos solas palabras	48
X. Detenerte, ahora	48
XI. ¡Tus labios!	48
XII. Si yo llegara a tener	49
XIII. Más alto, pensamiento	49
XIV. Quiero que en el espacio	50
XV. He puesto mi alma sobre el mar, y el mar.	50
XVI. Inundas mi pensamiento	50
XVII. Amarte, amarte siempre	51
XVIII. Yo sé que en lo futuro	51
XIX. ¡Eternidad...! ¡Amor!	52
TRISTEZAS Y ORACIONES DEL CREPÚSCULO.	53
I. Plata y oro. Sol de ocaso	53
II. Se fue por el mar, sutil	53
III. Lucero de la tarde, broche de oro	54
IV. Me ha llegado en el viento	54
V. ¡Mira, corazón, mira	54
VI. ¡Qué paz más dulce, ahora	55
VII. ¡Mi vida!	55
VIII. ¡Oh, no saber nada, no saber de nada ...	55
IX. Juventud de mi vida	55
X. ¿Qué me importa	56
XI. Quietud, quietud: Hondo reposo	56
XII. ¡Cielo y mar, cielo y mar sólo	56
XIII. ¿Dónde estás, corazón, que ya no escucho.	57
XIV. Yo que apenas respiro	57
XV. Rosas de espuma que el mar	57
XVI. Detenerte en la partida	58
XVII. El mar se ha alzado airado	58
XVIII. Borracho de penumbra	58

	Págs.
LA NOCHE	59
I. Un temblor lejano	59
II. Llama de mi espíritu	60
III. Te puse en el alma mía	60
IV. Mi poder tan pequeño	60
V. ¡Oh, este infantil deseo	61
VI. Todo como la espuma se deshace	61
VII. Una fugaz estrella	61
VIII. ¡Oh, noche! ¡Quién pudiera	62
IX. Porque la luna ha muerto, está la noche	62
X. Surges de mi pasado	62
XI. Ser	63
XII. Ahogándome en las sombras, lancé un grito	63
XIII. Voy por la playa en sombras	63
XIV. Vivir como un sueño	64
XV. Me he arrancado del alma tu recuerdo	64
XVI. Estoy sobre el mar	64
LAS ÚLTIMAS ORACIONES	67
I. El mar, roto en espumas	67
II. Señor, ¿para qué haces	68
III. ¡Amor! Gran mentira	68
IV. Frente pensativa, corazón vehemente	68
V. Rumor lejano	69
VI. Te percibió mi deseo	69
VII. Señor, Señor, ¡qué estéril	69
ALBA POSTRERA	71
Corazón-marinero, un nuevo oriente	71
FINAL	73
Y he de morir, ¡oh mar!, he de morir	73
2. Y OTROS POEMAS	
De <i>Las monedas de cobre</i>	77
Primeras palabras	79
Al dejar la antigua vivienda	80

	<u>Págs.</u>
Los bancos del paseo	81
El arribo de la flota ballenera	83
El faro de la Isleta	85
Cantan los tripulantes... ..	87
Partió la nave blanca	89
Labor interrumpida	90
Dolencia incurable	91
Los viejos discretos	92
La ciudad en ruinas	93
Playa de las Canteras	94
¡Oh, la monotonía	95
Las últimas palabras	97
<i>De Canciones de la orilla</i>	101
Mi barca pequeña	103
Alucinación de la mañana	104
Medida ideal	105
Inutilidad del pensamiento	106
Consolación de la noche	107
Consejos varios (II, III, IV, VI)	109
Desde la Playa Vieja	111
In memoriam	112
En la playa desierta	113
Los últimos acordes	115
Final	123
<i>De Frente al muro, resurrección y otros poemas.</i>	125
Ritmos y cantares	127
No eres tú... ..	143
Ansia suprema	144
Ante el bronce de Alonso Quesada (Rafael Romero)	145
Habla una voz	149
Mirando el mar	150
El doble	151

INTRODUCCIÓN

Con ser una de las figuras imprescindibles en el conjunto de la literatura canaria contemporánea, la obra del poeta Saulo Torón (1885-1974) ha llegado a resentirse, paradójicamente, de una cierta desidia por parte de los círculos académicos de nuestro país. Y digo «paradójicamente» porque, frente a ese desinterés casi generalizado —del que el lector curioso podrá encontrar muestras en la desangelada bibliografía crítica existente sobre el poeta—, Saulo Torón conoció en vida la estimación de escritores e intelectuales canarios aun con dispares criterios estéticos, y ello sin tener en cuenta la atención que sus libros generaron en autores foráneos como Salinas, Jiménez, Valbuena Prat, A. Machado, Díez-Canedo, etc.

La valoración y el respeto por Saulo Torón, hombre y poeta íntegros —una integridad indisociable en ambas esferas de su vida—, no sólo se produjo en la fase de «extroversión», la comprendida entre 1918 y 1931, época de *Las monedas de cobre* (1919), *El caracol encantado* (1926) y *Canciones de la orilla* (1932), sino en la de retraimiento, iniciada a raíz de la lucha contra los fascismos en Europa y que rompió, por un momento, en 1963, al ofrecer *Frente al muro* (1), un avance de lo que sería su última singladura poética: *Frente al muro, Resurrección y otros poemas*.

Los homenajes que años antes de su muerte recibió, entre otros, en el Pueblo Canario de Las Palmas de Gran Canaria, con la significativa participación de Manuel Morales

Ramos, el hijo de Tomás Morales, el amigo siempre vivo «en el eterno recuerdo», como se lee en la dedicatoria de *El caracol encantado*, y en el Círculo de Bellas Artes de Santa Cruz de Tenerife, con Domingo Pérez Minik al frente (2), son dos ejemplos rotundos de la ascendencia de Saulo Torón sobre grupos y generaciones diversas, sobre los que le precedían en el tiempo y aun sobre los más jóvenes.

Merecen recordarse las impresiones de aquellos jóvenes de entonces, como Lázaro Santana: «Conocí a Saulo Torón en 1962. Lo visité en compañía de Fernando Ramírez. Nuestro propósito era el pedirle unos poemas que inauguraran la colección que ambos proyectábamos, *Tagoro*. Saulo accedió, entregándonos un anticipo de su libro *Frente al muro*. Después de más de treinta años de silencio, aquel gesto fue la más elocuente demostración de su generosidad hacia los jóvenes que lo visitaban (...). Después, frecuentamos con alguna asiduidad al poeta. Cuando planeamos el volumen de *Homenaje a Domingo Rivero* él nos facilitó numerosos originales inéditos del autor de «Yo, a mi cuerpo». En toda ocasión nos ayudó y alentó (3). Luis León Barreto, quien compaginando el periodismo y la literatura se despedía de la poesía con *Crónica de todos nosotros*, afirmaba: «"Conversación con Saulo Torón, poeta decano de España", titulaba *La Provincia* una entrevista mía que fue publicada en este periódico el 18 de junio de 1972. Yo acababa de «aterrizar» en Las Palmas y en el mundillo literario de la isla. Saulo Torón tenía entonces 87 años, yo 23 (...). Me impresionó este hombre (...). Y no quiero entrar ahora en cuestión de metros vanguardistas; quiero dejar sentado que nunca hubiera discutido a ese nivel ante Saulo Torón» (4).

Y es que, como afirmaba Saulo Torón en la entrevista que cita Barreto, «yo los recuerdo a todos, me he llevado bien con todos, Alonso Quesada, Rafael Romero, Domingo Cabrera, Ramón Gil Roldán, los aprecio a todos». Y la lista de los amigos y de los próximos y de los conocidos se queda corta ahí tal vez por exigencias periodísticas.

Hay que señalar, sin embargo, que el desinterés por realizar un análisis crítico de su obra poética, aunque en nada lo justifique, en cierta medida ha venido determinado por al menos dos factores, ajenos a los libros de Saulo Torón.

Uno de ellos, de carácter cronológico, al encasillarlo como el tercer vértice del triángulo formado por Tomás Morales (1884-1921) y Alonso Quesada (1886-1925).

Resulta indudable el alto concepto de la amistad y de la fidelidad que Saulo Torón experimentó especialmente por Tomás Morales y por Alonso Quesada. Ambos están presentes en sus cuatro libros, sin olvidar que *El caracol encantado* está dedicado a Morales y *Canciones de la orilla* «a Rafael Romero (Alonso Quesada) presente siempre en mi recuerdo».

Pero sobre este punto de la amistad, y de las valoraciones que debieran realizarse al margen, hago mía la opinión de Jorge Rodríguez Padrón: «Nuestra crítica, que gusta de guiarse por estereotipos que no le planteen demasiados problemas y otorguen seguridad dogmática a sus afirmaciones, sigue empeñada aún (con las excepciones de rigor) en valorar la obra de los poetas modernistas insulares con argumentaciones teóricas ya caducas. En otras ocasiones, me he referido por extenso a esta cuestión, y he demostrado con ejemplos suficientes este desenfoque crítico. No insistiré, por tanto, una vez más. Pero sí quiero recordar tal estado de cosas, porque quizá sea Saulo Torón (1885-1974) el escritor más perjudicado por ello, al situársele —como se ha venido haciendo— al amparo de sus dos más conspicuos compañeros de generación: Tomás Morales y Alonso Quesada» (5).

Un segundo factor que, a mi juicio, ha alejado a los críticos en su presumible intento de captar la verdadera dimensión poética de Saulo Torón, su peculiaridad y su alcance más allá de los nombres consabidos (aparte de Morales y Quesada, Juan Ramón Jiménez y Antonio Ma-

chado), es de índole psicológica: el carácter sencillo y de escasas ambiciones terrenales, lo que para simplificar las complejidades y contradicciones de su temperamento puede entenderse por *acusada timidez*, al tiempo que contrarrestaba semejante discreción con una apuesta fuerte de cara a la posteridad.

Ya en *Las monedas de cobre* el lector hallará poemas, versos, estrofas como las que reproduzco, con los que el poeta retrata su posición ante la vida:

«Esta enfermedad mía, tan absurda y molesta...
Pensar que voy a un sitio y temblar asustado,
como si algún peligro fatal me amenazara
En todos los lugares adonde van mis pasos...»

(«Dolencia incurable»)

«Yo voy siempre en tercera, como el poeta amado
de la melancolía y el ensueño maduro
—el intelecto elige los lugares discretos—
y de este modo el daño de la etiqueta eludo.

(...)

De este modo, mi vida es más diáfana y seria;
de este modo, mi ensueño es más lírico y puro;
fue en vagón de tercera donde vine a la vida,
y en tercera prosigo mi vagar taciturno».

(«Los viajes discretos»)

Pero éste es el mismo poeta que, en *El caracol encantado*, invocando la bondad y la pureza, constantes de su poesía, habla de «hundir el pensamiento/ donde ninguno pudo,/ para alcanzar la mano/ que hace girar los mundos» («Iniciación»). El mismo que, poseído por el amor, exclama en el mismo libro: «¡Y, sin embargo,/ puedo, si quiero, llegar a Dios.../ porque tengo dentro del alma/ el germen potente de tu amor!» («Plenitud»). El poeta que en las *Canciones de la orilla*, escribe:

«Porque voy callado
me dicen las gentes
que soy reservado.

¡Malhaya mi suerte!
¿Qué quieren que diga
si nadie me entiende?

(«Secreto»)

Poeta de una melancolía oceánica y tal vez por ello mismo entregado a la más arriesgada empresa en el universo del poema, el pensamiento, poeta para quien la fidelidad y la amistad es uno de los valores máximos, lo cierto es que sus libros vieron la luz más por iniciativa de sus amigos que por la suya propia. Así ocurrió con *Las monedas de cobre*, publicado en la Imprenta Clásica Española, de Madrid, gracias a los buenos oficios de Claudio de la Torre. O con *El caracol encantado* (Tipografía de Juan Pérez, Madrid), y *Canciones de la orilla* (Editorial Pueyo, Madrid), por iniciativa del también poeta de Telde Fernando González. O con *Frente al muro* (Colección *Tagoro*, Las Palmas de Gran Canaria) a instancias de Fernando Ramírez y de Lázaro Santana. Sólo ante la expectativa de una edición de sus poesías, que llevó a cabo el Cabildo Insular de Gran Canaria en 1970, preparada por Ventura Doreste y Alfonso de Armas, con prólogo de Francisco Ynduráin, Saulo Torón se mostró activamente interesado, como ha dejado escrito Ventura Doreste (6).

Saulo León Torón Navarro nació en Telde (Gran Canaria) el 28 de junio de 1885, si bien existen criterios dispares en lo referente a la fecha exacta de su nacimiento (7).

De muy niño pierde a su madre, María Magdalena Navarro, y con el resto de la familia se traslada en 1896 a la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria. De formación auto-

didacta, las primeras enseñanzas le serán impartidas por su padre, Montiano Nicolás Torón. Cuando su padre fallece, siendo Saulo Torón apenas un adolescente, su hermano mayor, Julián, tomará a su cargo la responsabilidad de encauzarlo por los amplios terrenos de la cultura y de la literatura. Al ser Julián Torón (1875-1947) también poeta, autor de unos sonetos apreciados por Ángel Valbuena Prat (8), la formación literaria de Saulo Torón estará en principio muy marcada por el romanticismo poético de su hermano. Ahondando en este particular, Sebastián de la Nuez lo ha señalado como el «precursor de la visión lírica, subjetiva, del mar», insistiendo en el hecho de que la visión del mar, en algunas de las composiciones de Julián Torón, «está mucho más cerca del *Caracol encantado* de Saulo que del Atlántico mítico de Morales» (9).

La devoción por el «hermano Julián», la enorme ascendencia de éste sobre Saulo Torón, queda plasmada inmediatamente en el segundo poema de *Las monedas de cobre*, «Al doctor Luis Millares», que comienza:

«Doctor amigo: Un día trágico
acudió a ti mi corazón;
mi hermano, enfermo, se moría
y no tenía salvación.
Pero tu espíritu luminoso
hizo al arcano la auscultación,
y «no se muere», profetizaste...
¡y mi hermano no se murió!».

Pero también en *Las monedas de cobre*, el ciclo «Poemas familiares» está dedicado «al hermano Julián». Y resulta cuando menos curioso que en el tercer libro de Saulo Torón, *Canciones de la orilla*, figure íntegramente el poema al que nos referíamos antes, sólo que si entonces, en el ciclo «Ofrendas devotas», tenía el título que hemos citado, ahora el mismo es escuetamente «Ofrenda devota», manteniéndose en cursiva la dedicatoria «Al Doctor Luis Millares». Saulo Torón, en las dos únicas notas al término de *Canciones de*

la orilla, explica las razones que tuvo entonces y mantiene ahora para homenajearlo. En cuanto a Julián Torón, en un poema de noviembre de 1950 incluido en «Nuevas ofrendas devotas» dentro de *Frente al muro, Resurrección y otros poemas*, toma del nombre de su hermano el título, en el tercer «aniversario de su tránsito». En el soneto, no sólo queda plasmada la gratitud, la lealtad que caracterizaron la personalidad de Saulo Torón, sino rasgos del hermano ausente que nos ayudan a comprender la atmósfera, el magisterio ejercido. Así habla de su «Bondad infinita y corrección severa», «sereno y complaciente», «compasivo ante el dolor humano».

Saulo Torón está evocando a aquel de quien dice en el mismo poema: «maestro fuiste de mi orfandad triste». Un maestro, un padre también Julián Torón, un poeta que dejó inédito *Fugitivas*, conjunto de poemas escritos entre 1894 y 1946 (10).

Saulo Torón, dadas las condiciones de su temprana orfandad, se vio obligado a trabajar en diversos oficios: dependiente en una tienda de tejidos, en una farmacia, empleado administrativo en la Compañía Carbonera de Gran Canaria, luego en la firma Miller & Cía, entidad en la que alcanza el puesto de apoderado y de la que se jubilará en 1959.

Los empleos en las dos citadas compañías tienen su importancia en la vida y en la obra de Saulo Torón: ubicadas ambas en el Puerto de la Luz, también será esta zona portuaria el enclave de su primera residencia, cuando vive en la casa de su hermana Micaela Torón, y un norte, geográfico y metafísico, que el poeta mantendrá hasta el fin de sus días.

Tanto es así que sus tres primeros libros vienen fechados en el Puerto de la Luz: *Las monedas de cobre*, en 1918; *El caracol encantado*, en 1923; *Canciones de la orilla*, en 1931.

Sólo en *Frente al muro, Resurrección y otros poemas*, cuando de esta manera conjunta aparecen las tres secciones en la edición del Cabildo Insular de Gran Canaria (11), se lee como lugar de término Las Palmas, y la fecha que públicamente, será tomada como la última de su producción poética: 1969 (12). Este cambio de residencia se explica por su matrimonio con Isabel Macario, en 1936, y el traslado de domicilio a la calle Hermanos García de la Torre, en Ciudad Jardín.

Si la firma Miller & Cía., constituida en Las Palmas el 14 de mayo de 1887 con el empresario de origen escocés Thomas Miller Swanston al frente, tuvo una trascendencia decisiva sobre la vida socio-económica de Gran Canaria, y de modo indirecto, casual y concreto en determinados motivos poéticos de *Las monedas de cobre* (baste pensar en poemas como «El arribo de la flota ballenera», «Cantan los tripulantes», «Partió la nave blanca» o los fragmentos de «Las últimas palabras»), mayor aún fue la trascendencia de la familia de los Millares no sólo en la vida cultural de la ciudad, sino en la misma trayectoria de Saulo Torón.

La casa de Luis Millares Cubas, hijo del narrador Agustín Millares Torres, se convirtió en el cenáculo por excelencia de Las Palmas. En el llamado «Teatrillo de los Millares» (el citado Luis y su hermano Agustín) se estrenaron obras de Ibsen, Maeterlinck y de los propios hermanos Millares. Fue en ese ambiente donde se forjaron, a veces coincidiendo, a veces reemplazándose, Domingo Rivero, Tomás Morales, Rafael Romero (Alonso Quesada) y un largo etcétera en el que se incluye el mismo Saulo Torón.

Muy pronto intima con Morales, Quesada, Luis Doreste Silva, Néstor Martín Fernández de la Torre, Domingo Rivero, Claudio de la Torre... Con los dos primeros, Saulo Torón estableció además una relación de complicidad literaria, cuando con motivo de la Gran Guerra los tres escriben

poesías satíricas para el diario *Ecos* en la sección «El tablado de la farsa» (13).

Llega 1919 y aparece en Madrid, por iniciativa de Claudio de la Torre, *Las monedas de cobre* con un poema de circunstancias de Pedro Salinas. Será el propio Claudio de la Torre quien presente el libro y realice una lectura de sus poemas en el Museo Canario, que en una nueva etapa cuenta con el entusiasmo de Luis Doreste, empeñado en convertirlo en un vórtice de la nueva poesía. La timidez de Saulo Torón fue la responsable de que Claudio de la Torre leyese los poemas del libro, ese Claudio de la Torre que ya lo bautizaba como «el más puro de los poetas», según se hacían eco de la presentación los diarios grancanarios al día siguiente, unánimes todos en los elogios a su primer libro. Tímido y reacio a concurrir ante un público numeroso, Saulo Torón casi repitió en 1955 lo ocurrido en esta presentación. En 1955 se trataba de leer, en público, «Ante el bronce de Alonso Quesada», incluido en *Frente al muro, Resurrección y otros poemas*. Para esa ocasión, Pedro Lezcano tenía prevista la lectura del poema. No fue necesario: Saulo Torón, creciéndose sobre su timidez, dio lectura pública de un nuevo acto poético de amistad que incluía no sólo a Quesada, sino a todos los demás que con su muerte lo habían dejado solo ante el mar.

Las monedas de cobre, de la que existe una bella edición en facsímil (14), supuso la irrupción de un nuevo poeta colocado con una precipitación no siempre rectificada con la suficiente energía, entre Tomás Morales y Alonso Quesada.

De 1918 a 1932, Saulo Torón se entrega a su segundo libro, *El caracol encantado*. A raíz de su aparición comienzan a manifestarse las primeras e incisivas matizaciones. La primera de ellas procede de Ángel Valbuena Prat: «En la poesía canaria se dan dos momentos, respecto a la *interpretación del mar*. Se empieza por cantar al puerto, a la nave, a los hombres de mar, o, a lo sumo, a un mar clásico,

retórico, mitológico que en un a modo de antropomorfismo se le supone «como un viejo camarada de infancia». Después se llega a la esencia del mar mismo, esfumante, panteísta, lírica. Aunque lo marino se da más o menos lo mismo en todos los poetas canarios, simbolizan estos dos momentos *Los poemas de la gloria, del amor y del mar* y la *Oda al Atlántico*, de Morales (primer aspecto), y *El caracol encantado*, de Saulo Torón (el segundo)». Añade más adelante Valbuena Prat: «Saulo Torón, en *El caracol encantado* (1918-23; publicado en 1926), nos da un poema exclusivamente oceánico. La obra —concebida y ejecutada musicalmente— es una sinfonía marina, a base de los temas de nostalgia, irisaciones, nubes, espuma, noche, misticismo: sobre estas melodías, persiste eterna, inmensa, monócroma, la armonía de las olas del mar. El precedente de esta técnica se podría buscar en el Juan Ramón de «Piedra y Cielo» (15).

La segunda *intervención crítica* se debe a Agustín Espinosa, quien escribe en *La Rosa de los Vientos*: «Saulo Torón no es ya un discípulo de Tomás Morales. Este Saulo Torón de ahora, tiene relaciones —más que con el autor de *Las rosas de Hércules*— con el Juan R. Jiménez de la segunda época, tal vez con Antonio Machado. Pero sobre todo, su inspiración hay que buscarla en un poeta español muy poco conocido: León Felipe. El ritmo que anima las *Oraciones de caminante* es el que domina en el último libro de Saulo Torón. El tema de la inquietud, de la angustia de pisar siempre la misma senda, del horror al aislamiento, tan característico en el libro de León Felipe corre por los versos de *El caracol encantado*» (16).

Hombre de poco viajar —otra vez aquí las limitaciones suprapoéticas de su carácter—, Saulo Torón estuvo en una ocasión a punto de trasladarse fuera de las islas por razones precisamente literarias. El viaje no tuvo efecto, pero ello no impidió que mantuviera una amistad epistolar con Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado, por citar a dos poetas presentes en una dedicatoria («Paréntesis en el libro») y

en un poema («El libro infinito») de *Las monedas de cobre*.

Con la necesidad de un viaje (truncado) a la Península Ibérica, Saulo Torón no hacía más que calcar la «estrategia», léase el complejo de inferioridad, de muchos escritores de la época, y aun de la actual, que necesitaban de la sanción de los poetas de Iberia para seguir seguros por el camino emprendido. En este punto, Saulo Torón buscó, aunque sea indirectamente, esa tarjeta de presentación hasta en su tercer libro, *Canciones de la orilla*, prologado por Enrique Díez-Canedo y con la sombra protectora entre bambalinas de Fernando González, a la sazón catedrático en la Universidad Complutense.

El prólogo de Antonio Machado está aureado de paternalismo, lo que aun así no excluye el afecto y la admiración sinceros. Pero, por encima de todo, las palabras de Machado sirven a una doble causa suya: la reivindicación de una poesía marina para mitigar el provincianismo y la sequedad de «esta Iberia triste» y, en segundo lugar, para «su particular cruzada contra el gongorismo del 27», como ha señalado Juan Manuel Bonet (17). Con todo, es preciso señalar las torpezas ideológicas y geográficas del poeta andaluz. La primera, ostensible cuando se refiere a la «emoción atlántica *sine qua non* de la conciencia integral de España». La segunda, que afecta al que cita y al que es citado, cuando afirma: «El mar de España es para Lope el mar Atlántico, ese mar que usted escucha, amigo Saulo, en un rincón de sus Islas Afortunadas». Una aseveración como ésa, más excusable sería en las épocas gloriosas del Imperio español, no en la Segovia de 1926, donde Machado data su carta-prólogo.

Díez-Canedo, al prologar *Canciones de la orilla*, («a Saulo Torón, en su orilla»), al margen de cruzadas contra el gongorismo, recoge parte de lo que Machado veía de positivo en *El caracol encantado* y lo expresa señalando la reducción hasta lo mínimo de todo artificio («a lo mínimo, a un juego

leve de conceptos y músicas»), al tiempo que también señala cómo Saulo Torón es en realidad autor de un solo libro, de una obra única a través de los sucesivos títulos, en el que «los ojos del poeta se tienden hacia el mar, desde la orilla donde canta».

Saulo Torón es un poeta del corazón y del pensamiento. Estos dos conceptos, claves en su obra poética, figuran explícitos y con toda claridad en *El caracol encantado*:

«Dos solas palabras
en un solo verso,
pero que ellas digan todo lo que hay
de grande y eterno en el Universo:
CORAZÓN, la una;
la otra, PENSAMIENTO».

Como poeta del corazón, están los ejemplos de los poemas íntimos, familiares, de cronista de la vieja ciudad y del tiempo que con su paso va arrebatándole a sus amigos. Ello es obvio en *Las monedas de cobre, Canciones de la orilla y Frente al muro, Resurrección y otros poemas*, libro al que pertenece «Mirando al mar», con toda su carga de nostalgia y soledad, una soledad que, por cierto, proporciona un sentido inédito a su imagen de poeta de las cosas sencillas, a su imagen y a su espíritu «franciscano»: es ese paso del tiempo, al que con tanta precocidad le ha prestado oído Saulo Torón, el que lo ha dejado solo, con las cosas «sencillas» y con apariencia de eternidad, pues la vida es efímera y «como la espuma se deshace».

Pero ¿el mar en la poesía de Saulo Torón es el mar tangible? Hay un mar tangible, concreto, anecdótico si se quiere, en su poesía. Pero justamente porque el mar es el de siempre, cabe pensar que hay otro mar, en un espacio mental, trascendente. «Es un mar trascendente el de Saulo, símbolo y expresión de su espíritu» (18), apuntaba con rara capacidad de análisis Fray Lesco (Domingo Doreste), desmarcándose de las lecturas literales y lineales que ha sufrido la poesía de Saulo Torón.

En *El caracol encantado*, pero también en los poemas fragmentarios de sus otros libros, en los «Ritmos y cantares» de *Frente al muro*, *Resurrección y otros poemas*, puede leerse el mar de Torón como un cielo encantado, como un espacio para el pensamiento, y este pensamiento, "como el padre Ulises", el que gobierna el rumbo de una poesía concebida, a la manera de Dante (*Paradiso*, II), como navegación: el periplo de un corazón marinero.

JOSÉ CARLOS CATAÑO

NOTAS

(1) Colección *Tagoro*, Las Palmas de Gran Canaria. Con una nota de Ventura Doreste.

(2) Suyas son estas palabras a la muerte del poeta: «Para la generación nuestra, que no consideraba a Tomás Morales, ni a los poetas regionales como los de la escuela de La Laguna, hablo de la generación de la República, que respetaba a Alonso Quesada, Saulo Torón era uno de los poetas a quien queríamos por su poesía del mar, llena de un mundo lúdico», en *La Provincia*, 24-I-1974, Las Palmas de Gran Canaria.

(3) En *Diario de Las Palmas*, 24-I-1974, Las Palmas de Gran Canaria.

(4) En *La Provincia*, 24-I-1974, Las Palmas de Gran Canaria.

(5) «Saulo Torón: tentativas para una poética», en «Los cien años de Saulo Torón», *La Provincia*, 23-VI-1985.

(6) «La aparición de las *Poesías* completas de Saulo Torón misteriosamente se demoraba, y no por culpa mía. Recados apremiantes, avisos dolidos por parte del poeta. Me decía Saulo que su muerte no se hallaba lejos y que, a causa de la demora, no iba a ver publicado su libro total». *Recordando a Saulo Torón* fue, en principio una edición privada que surgió de la intervención de Ventura Doreste en la exposición documental que la Casa de Colón celebró con motivo del cuarto aniversario de la muerte del poeta. Ahora figura recogida en *Análisis de Borges y otros ensayos*, El Arca, Las Palmas de Gran Canaria, 1985.

(7) La hija del poeta, la soprano Isabel Torón, da por válida la fecha del 24 de junio, casualmente el día del patrón de Telde. Lo mismo afirma Orlando Hernández: «nació en Telde el día de San Juan Bautista de 1885, aunque en ciertos registros aparezca inscrito como nacido el día 28 del mismo mes», en «Saulo Torón, rompiendo el silencio», *Diario de Las Palmas*, 26-VII-1966.

(8) Ángel Valbuena Prat, *Historia de la poesía canaria*, Seminario de Estudios Hispánicos, Barcelona, 1937.

(9) Sebastián de la Nuez, «El modernismo en la poesía de Canarias», en *Historia de Canarias*, Cupsa-Planeta, Barcelona, 1981.

(10) Sebastián de la Nuez, *op. cit.* De la Nuez menciona el libro haciéndose eco de Joaquín Artiles, pero sin especificar su veracidad y sin citar la referencia bibliográfica de J. Artiles.

(11) Saulo Torón, *Poesías*, edición a cargo de Ventura Doreste y de Alfonso de Armas, con prólogo de Francisco Ynduráin. Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas, 1970.

(12) En declaraciones a la prensa, el poeta habla de su dificultad para escribir, pero también de «cosas inéditas» y de «papeles desperdigados». Por ejemplo, en «Asalto a Saulo Torón», María Dolores de la Fe, *Diario de Las Palmas*, 28-IX-1969, y en «Conversación con Saulo Torón, poeta decano de España», Luis León Barreto, *La Provincia*, 18-VI-1972.

(13) Por lo que respecta a «la musa cómica de Saulo Torón», en expresión de Juan Rodríguez Doreste, véase las *Poesías satíricas*. Edición de Joaquín Artiles. Plan Cultural, Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas, 1976. En un principio, Isabel, la hija del poeta, propuso a Juan Rodríguez Doreste que publicara un cuadernillo en el que aclarase la identidad de los personajes de sus sátiras.

(14) Como tantas otras iniciativas para honrar la memoria de su padre, esta edición en facsímil estuvo impulsada por Isabel Torón con motivo del centenario del nacimiento del poeta. Caja Insular de Ahorros de Canarias, Madrid, 1986.

(15) Publicado originariamente en *La Gaceta Literaria*, de Madrid, el texto de Valbuena Prat, «La lírica canaria», es reproducido por *El Tribuno* el 3-VIII-1926.

(16) La reseña de Espinosa aparece en el n.º 1 de la revista tinerfeña (abril de 1927), en cuyo segundo número (mayo de 1927) Saulo Torón publica «Alba postrera», de *El caracol encantado*. En el cuarto (diciembre de 1927), Valbuena Prat le dedica una amplia atención a su poesía, destacando su conversión a la poesía del mar después de *Las monedas de cobre*.

(17) En el prólogo a la *Poesía completa* de Saulo Torón. Interinsular Canaria, Santa Cruz de Tenerife, 1988. El mérito de este libro estriba en que vuelve a poner en circulación las *Poesías* (completas si prescindimos de las composiciones satíricas) que editó el Cabildo de Gran Canaria con un insulso prólogo de Francisco Ynduráin y, lo que es más grave, con una limitadísima tirada: 500 ejemplares que se agotaron enseguida.

(18) «Saulo Torón, poeta, en *El caracol encantado*», en *El Liberal*, 21-X-1926, Las Palmas de Gran Canaria.

1. EL CARACOL ENCANTADO

(1918-1923)

A SAULO TORÓN

¿Me pide usted, querido Saulo, unas palabras que sirvan de prólogo a su *Caracol Encantado*? Con mucho gusto se las envío.

Usted escucha la voz del mar, contempla usted el mar, piensa usted en él y lo canta. Siga usted, querido poeta, fiel a esa musa. Necesitamos de poetas marinos; hemos tenido muchos, tal vez demasiados, de tierra adentro que olvidaron cómo esta Iberia triste no es sino un *Finis-Terrae*, un ancho promontorio, erizado de sierras, de la Europa occidental.

Su *Caracol Encantado*, que usted nos envía desde ese lejano archipiélago, tiene la virtud de recordarnos el mar, de traernos la emoción atlántica *sine qua non* de la conciencia integral de España. Y en verdad que esta emoción —aislado el nombre de Tomás Morales— parecía ya ausente de nuestra lírica cuando, recientemente, Pérez de Ayala, en su *Sendero innumerable*, y Juan Ramón, en sus evocaciones de la tierra tartesia en que nació, nos dieron, gracias al mar, sus más bellas canciones.

Merced al mar, y a las montañas donde nacen los ríos, podemos curar a nuestra lírica de la sequedad manchega y cortesana que padece y algo, también, de su provincianismo, dos males que se acentúan en nuestra literatura después de Lope, el último de nuestros grandes poetas que sabe —todavía— situar sus canciones en el trozo de planeta en que canta.

*Toda esta villa de Ocaña
poner quisiera a tus pies,
y aun todo aquello que baña
Tajo, hasta ser portugués,
entrando en el mar de España.*

El mar de España es para Lope el mar Atlántico, ese mar que usted escucha, amigo Saulo, en un rincón de sus Islas Afortunadas.

También el mar, que usted ama tanto, puede curarnos de nuestra afición al amaneramiento barroco, al pensamiento conceptual, horro de toda idealidad. El pensamiento poético es viaje marino; más que jornada por tierras de labor, aventura y peligro. Pensando frente al mar, no es fácil caer en laberinto de conceptos y de metáforas. Las ideas aparecen con su verdadera significación, y comprendemos que, como las estrellas, sirven para marcar la ruta, el camino infinito.

Siga usted, Saulo, cantando al mar.

Escucha atento su *Caracol Encantado* y le envía un cordial saludo, su lejano amigo,

ANTONIO MACHADO

Segovia, 1926.

A
TOMÁS MORALES,
*en el eterno recuerdo, el
eco más puro y hondo de este*
CARACOL ENCANTADO

*Y oigo un rumor de olas y un incógnito acento
Y un profundo oleaje y un misterioso viento...
(El caracol la forma tiene de un corazón).*

RUBÉN DARÍO

PRELUDIO

El mar es a mi vida
lo que al hambriento el pan;
para saciar mi espíritu
tengo que ver el mar.

El mar me da la norma
y el ansia de vivir:
su majestad es ciencia
suprema para mí.

Palabras de los siglos,
obras de eternidad,
¿qué sois ante la inmensa
sublimidad del mar?

Partículas del polvo
que el viento alza al barrer,
que al sol brillan un punto
y luego no se ven.

El mar es lo diverso;
lo eterno está en el mar;
es múltiple, absoluto,
y siempre universal.

Yo he visto al mar alzarse
soberbio de altivez;
y luego, humildemente,
tenderse ante mis pies.

El mar guarda el secreto
de toda comprensión;
su espacio es el palacio
de la imaginación.

El mar del mediodía
radiante en claridad,
es un influjo activo
de vida y ansiedad.

Y en el ocaso de oro
y en la mañana azul,
el mar es siempre norma
de fuerza y de salud.

Yo al mar le debo entera
mi vida, que es un mar:
un mar de sentimiento
y de serenidad.

Por eso el mar ejerce
en mí tanta atracción...
Lo que hay dentro de mí
es mar y corazón.

INICIACIÓN

I

Primer claridad del día:
Risa del cielo. ¡Alegría!

Los cristales del Oriente
se coloran rosamente.

—Tintes suaves de arrebol.—

El mar azul se dilata
en claras ondas de plata.

Cantan las aves a coro.
Y llega raudo y sonoro
Euro, guiando el tesoro
de los caballos de oro.

¡Nace, entre llamas, el sol...!

Alma, que al mundo despiertas,
ábrele al día tus puertas.

Y que entre la maravilla
del día en ti, en gracia plena,
para hacerte sabia y buena
como Dios te hizo sencilla.

II

Y el alma desnuda se alza
frente al mar alborozado,
y se entrega al sol naciente
por la virtud de sus rayos.
Y mira, absorta, el hechizo
de los cielos azulados,
la grandeza majestuosa
del mar, los montes lejanos,
las rocas de la ribera,
y el inabarcable espacio
por donde vagan las nubes
como vellones dorados.
Y vuela, y se pierde ansiosa
por los mundos ignorados,
por los remotos confines
de los celestes arcanos,
por las sendas misteriosas
de los siderales prados,
donde el pensamiento huella
la virtud de lo increado.
Y en el éter luminoso
gira y vibra con los átomos,
y se embriaga con la música
palpitante de los astros.
Ve, entre sueños, el futuro;
hace un signo ante el pasado,
y desciende otra vez plena
del universal milagro.

III

Tú no eres, sol, lo que eres;
yo descubrí tu verdad.
No eres el padre del mundo,
ni es cierta tu ancianidad.

Tú eres, como yo, un muchacho,
con menos años quizá...
¡Esta mañana te he visto
salir desnudo del mar!

IV

Qué efímera es la espuma
que la onda crea,
nace en la orilla y en la orilla se rompe
sin dejar huella.

Alma, tiende a lo eterno,
desentraña en tu ruta la verdad suma,
que no sea tu vida tan pasajera,
¡tan fugaz y liviana como la espuma!

V

Ser cada vez más bueno;
ser cada vez más puro;
hasta sentir el alma
vibrar en el futuro.

Y hundir el pensamiento
donde ninguno pudo,
para alcanzar la mano
que hace girar los mundos.

VI

Roca del mar, yo sé
que eres sensible;
que tienes llama y pensamiento
y corazón que alienta y gime.
Resistes todas las tempestades
callada y firme,

—los embates de la onda brava
y la furia del viento irascible—
porque tienes fe en ti misma:
en tu ser inamovible,
en tu majestad soberana
que ni se abate ni se rinde.
Pero cuando la espuma baña
tus flancos, con saltos pueriles,
y el sol de la mañana dora
tus abruptos y tu planicie,
algo en tu entraña se estremece,
algo en ti gime,
roca del mar solitaria,
muda y firme,
pensando, acaso, que eres eterna...
¡pero no libre!

VII

Ola mansa, ola humilde,
ola de la ribera,
que en ella naces y mueres,
tan tímida, que apenas
el oído percibe tu quejido,
y la mirada atenta
sólo descubre el rasgo fugitivo
que grabas en la arena.
Ola mansa, ola humilde,
ola sin estridencias
tumultuosas, ola insignificante,
ola callada y buena:
De mi vida y futuro
tú acaso imagen seas.
En la playa nací,
y en la playa, también, acaso muera,
callado, humilde y tímido,
¡adivinado apenas!,

como tú, ola mansa,
como tú, ola humilde,
¡como tú, ola de la ribera!

VIII

Nube vaga, jirón tenue
de niebla, que el sol colora;
caprichoso airón que el viento
barre, confunde y transforma:
En el espacio perdida
nadie tus virtudes nombra;
te ven los ojos, mas nunca
llegas a herir la memoria.
Fugaz eres,
sutil flotas;
nada vales en la altura,
nada en el recuerdo importas.
Y sin embargo... yo sé,
nube pequeña y remota,
que el viento barre y confunde
y el sol naciente colora,
que el alma ingenua te sigue
cuando en el misterio ahonda,
porque anhela dejar libre
la cárcel que la aprisiona...
Te sigue... y tú lo comprendes...
¡Y por eso te evaporas!

IX

Arena,
menuda arena de la playa,
regazo apacible de la onda dormida
que lenta resbala.
Arena menuda,
arena dorada

donde el sol se quiebra y la espuma se abre
blanca:

Mi huella en ti dejo
con amor grabada,
como si fuera mi alma entera
la que dejara...
Que venga la ola y rompa
y la deshaga...
Tú la verás sumisa... y acaso llores
¡callada!

X

Mar violento o pacífico,
mar encalmado o brioso,
mar sombrío,
mar luminoso:
yo sé el secreto
que guardas en tu fondo.
Sé el misterioso impulso,
el indomable encono
con que impetuoso muestras
tu ceño pavoroso;
y sé en la paz amable
y amplia de tus reposos,
el hálito que mueve
tu corazón recóndito.
Tus iras, tus bonanzas,
tus espejismos todos,
revelan claramente
tus sentimientos hondos...

Yo sé que el ansia tiene
su límite en el ocio,
que la esperanza muere
si es imposible el logro;
que todo se derrumba
y se convierte en polvo,

que todo cambia y muere
al más ligero soplo.
Pero tú, mar excelso,
mar augusto o brioso,
pacífico o violento,
sombrió o luminoso,
eres el mismo siempre:
potente y misterioso
y múltiple... porque tienes
la eternidad en tu fondo.

XI

¿Tú quién eres, el que estás
tras de los cielos oculto,
dando influjo a esta invisible
máquina eterna del mundo?

¿Quién eres tú, que el espacio
pueblas de átomos innúmeros,
y das fuego al sol naciente
y orillas al mar profundo?

¿Quién eres tú, que en las sombras
labras el misterio augusto
del ser, y en la sombra dejas
que se resuelva el futuro?

¿Quién eres...? Mi voz pregunta
ante el infinito mudo...
Pero mi voz es tan débil,
¡que ni yo mismo la escucho!

XII

Mañana nueva
frente al mar: Imprevistos
deseos, claridades
súbitas en el espíritu.

Mueven al corazón
desconocidos ímpetus;
el sol vierte en el agua
todos sus oros líricos.
¡Alguien viene...!, se acerca
por los parajes íntimos
del alma; rosas
de luz le hacen camino.
¡Llega..., está aquí...! Su aliento
siento rozar mi oído...
Mis ojos quieren ver... ¡y sólo ven
el azul infinito!

XIII

—Pasa un instante alucinante...
Se estremecen en conjunción
el sol, el mar y la tierra fragante...
Pasa otro instante...
Late más vivo el corazón—.

XIV

¡Y surges ante mí!, no sé de dónde
ni quién te trae —¿el mar o mi deseo?—
Nadie a mi voz responde.
Y es inútil que lo ahonde,
¡que te quiero mirar... y no te veo!

XV

Pero apenas te disipas
otra vez ante mí estás...
¿Vendrás, al fin? —¡No lo dudes,
corazón, ella vendrá!—

XVI

¡Vendrás! Yo no sé por dónde,
pero sí sé que vendrás...
El azul del infinito
que ahora se vierte en el mar,
es como el azul del sueño
donde prisionera estás...
¡Vendrás...! Yo no sé por dónde,
¡pero sí sé que vendrás!

XVII

Y haré contigo, cuando llegues,
lo que hace con la mar el viento:
Agitaré tu espíritu
para que en ondas fluyan tus dormidos deseos.
Y te veré blanca,
blanca de amores nuevos,
de amores puros y fecundos, que trocarán en rosas
tus palabras y tus besos.
Y serás, siendo mía,
eje y luz del universo;
concreción milagrosa
de lo eterno y perfecto.
Serás sonido,
sonido y eco
infinito, ¡que el espacio inunde
y llegue a lo alto de los cielos...!

PLENITUD

I

Mar del mediodía:
¡Fuerza y libertad!
Sol pleno. Alegría.
Deslumbrante orgía
de agua, que se estría
en signos de argéntea luminosidad.

El cielo encantado
de azul y de sol
brilla dilatado,
a trechos ornado
por un trozo de bruma, enarcado
como un caracol.

Mediodía ardiente:
Vigor del espíritu, vibración del mar;
la sangre bullente
retoza en las venas y azota la frente...
Activos delirios, ansias de volar...

Mar del mediodía:
Juventud, energía...
¡Imperioso influjo del sol y del mar!

II

¡Llegaste al fin, mi presentida...!
¡Con qué vehemencia te esperaba!
Toma las llaves de mi amor
y abre las puertas de mi alma.

¡Abre, y adéntrate en su fondo,
que es toda tuya esta morada;
que para ti fue construida
toda de blanco, ¡inmaculada!

III

Sacude, mar, tus espumas
y viértelas en la playa,
en profusión radiante de perlas,
y nácares, y rubíes, y esmeraldas...

Un gran manto de piedras preciosas
inmateriales, fantásticas,
pon en la arena, ¡oh, mar!, para que puedas
festejar dignamente su llegada.

IV

Transparentemente, como
entra el sol por el cristal,
en mi corazón entraste
y en él prisionera estás.

El mar duerme; el viento trae
aromas de eternidad...
¡Corazón, con ella dentro
eres más grande que el mar!

V

Vuela más alto, pensamiento;
late más fuerte, corazón;
juventud, rompe el dique
de tu ambición...

Grito ante el mar, ¡y hasta los astros
llega mi voz....!

Soy frágil, como la espuma;
y débil, como la flor...

¡Y sin embargo,
puedo, si quiero, llegar a Dios...
porque tengo dentro del alma
el germen potente de tu amor!

VI

Ese amor vehemente,
esa ansia infinita de perpetuidad
que anima en los seres e infunde en las almas
un fecundo aliento de inmortalidad.

Ese amor, que es vida,
que es deseo eterno, locura o pasión;
ese amor que al mundo transforma y gobierna,
¡lo siento ahora dentro de mi corazón!

VII

¡Ser, y no dejar de ser;
como esa roca que el mar
bate y no puede romper!

VIII

¡Mar...!

Campo azul para todas las siembras del sueño;
remanso intranquilo del silencio astral.

IX

Dos solas palabras
en un solo verso,
pero que ellas digan todo lo que hay
de grande y eterno en el Universo:
CORAZÓN, la una;
la otra, PENSAMIENTO.

X

Detenerte, hora
de amor fugaz,
aprimonarte en un sueño infinito
de honda serenidad.

¡Ver cómo todo pasa, cómo todo muere,
hombres y astros, en la inmensidad;
mientras tú, hora, con vida quedas
en la inmortalidad!

XI

¡Tus labios!

Dos llamas de sol
en dos pétalos rojos de rosa.

¡Tu sonrisa!

El secreto que entreabre el camino
de todas las glorias.

¡Tu frente!

El espacio infinito:
el cielo sin sombras.

¡Tus ojos!

¡El día primero del mundo
eternizado en dos auroras!

XII

Si yo llegara a tener
el poder que tiene Dios,
sólo alumbraría el mundo
con la llama de tu amor.

¡De tu amor y de mi amor!

¡Una luz muy pequeñita,
pero eterna, como el sol!

XIII

Más alto, pensamiento,
cada vez más alto,
que el mundo es pequeño
y el espacio infinito, ilimitado.
Que el pie huelle la tierra
y en ella quede aprisionado;
pero tú, pensamiento,
lírico y amplio,
vuela hacia arriba siempre,
piérdete en lo ignorado
y arranca el oro del secreto augusto
si puedes alcanzarlo...
¡Y si no puedes, y en la sombra quedas,
no te importe el fracaso!

XIV

Quiero que en el espacio
quede la huella de mi pensamiento;
forjar un nuevo astro
que irradie luz en el confín eterno.

Y quiero más aún, quiero ser Dios,
el mismo Dios que me inspiró el deseo;
para ostentar la gloria de los mundos...
y sonreírme luego.

XV

He puesto mi alma sobre el mar, y el mar
parece que ha ensanchado sus dominios...
Ya no sé si es el mar lo que ahora veo,
o si es el alma lo que, absorto, miro.

Mi pensamiento que ha volado ansioso
tras de un ensueño a lo desconocido,
me dirá a su regreso si era el alma
o el mar, el ansia que dejó conmigo.

XVI

Inundas mi pensamiento
de tan viva claridad,
que hasta mis sueños más hondos
tienen luminosidad.

Por ellos marchas tú, sola,
hacia la inmortalidad,
con las estrellas delante
y mi corazón detrás.

XVII

Amarte, amarte siempre,
mi dulce inspiradora,
como a estrella del alba
o como a luz de aurora.

Amarte, amarte siempre,
en la visión remota,
en la ilusión que llega
o en la esperanza que jamás se logra.

Sentir tu influjo olímpico
llenarme el alma toda,
nutrirme de tu esencia,
de tu inmortal esencia creadora.

Ser por ti ritmo eterno
en las fugaces horas,
llama de pensamiento, o eco de luz
de tus divinas claridades hondas...

¡Así te quiero, oh, Mía,
mi dulce inspiradora!

XVIII

Yo sé que en lo futuro
todo terminará;
pero tienen tus ojos una mirada extraña
que dice: ¡Eternidad!

Y el mar suspira cuando tú lo miras,
y el viento calla si te ve pasar;
y el firmamento en su amplitud esplende
si tus miradas hacia el cielo van...

Yo sé que en lo futuro
todo terminará;

pero tienen tus ojos una influencia extraña,
una influencia honda
que dice: ¡Eternidad!

XIX

¡Eternidad...! ¡Amor!
Tu silueta en la dulce ilusión de los cielos,
y el mar, en sosiego, diciendo tu nombre con
[claro rumor...!

TRISTEZAS Y ORACIONES DEL CREPÚSCULO

I

Plata y oro. Sol de ocaso
en los montes y en el mar.
En la playa, flor de espumas;
y en el alma, claridad.

Padre Ulises, pensamiento,
es la hora de marchar...
Un minuto en cada estrella,
y otra vez a navegar.

II

Se fue por el mar, sutil,
como entró en mi corazón;
infinitamente pura,
como el sueño la creó.

Nadie supo su partida
sino yo,
yo, que alfombré su camino
con las rosas de mi amor...

Y se fue dulce y ligera,
sonriendo sin rumor;
¡iluminando el espacio...!
Pero ninguno la vio.

III

Lucero de la tarde, broche de oro
que abres al sueño su mejor camino,
embriagado de líricos fervores
vuela mi corazón a tu infinito.

Acógelo a tu influjo, y haz que vibre
pleno en la luz que tu claror destella,
para que sean mis futuras horas
¡una futura sucesión de estrellas!

IV

Me ha llegado en el viento
una voz conocida:
—¿Qué esperas en la playa,
que en ella dejas transcurrir tu vida...?

¿Esperar...? ¡Nada espero!
¡Colmó el deseo su total medida!
Vengo a la playa sólo
a ver el mar que la llevó en la huida.

V

Mira, corazón, mira
cuántas estrellas, cuántas
estrellas de oro derrama el sol
ahora en el agua...
¡Y mira cómo luego viene el viento
y las apaga...!

¡Eso pasó en tu vida, corazón mío,
eso pasó en tu alma...!
Amor sembró en tu seno sus luminosas
rosas en el ensueño de una mañana,
y un viento extraño y frío vino más tarde,
rápidamente, ¡para apagarlas!

VI

¡Qué paz más dulce, ahora
que el mar está dormido,
y el corazón no sabe
sentir lo que ha sentido...!

¡Descansa, pensamiento,
deja el ayer perdido;
descansa, que es la hora
mejor para el olvido!

VII

¡Mi vida!
¡Sólo esa espuma que el mar
crea y deshace en la orilla!

VIII

¡Oh, no saber nada, no saber de nada
y estar como ahora el mar, solo y tranquilo;
la mirada, sin fe, en el horizonte,
y el pensamiento por el infinito...
Y así aguardar la hora, la hora cierta,
¡la que nunca se pierde en el camino!

IX

Juventud de mi vida,
mi único y gran tesoro
que el Tiempo se ha llevado
entre sus giros locos,
si me vieras ahora, ante este mar,
¡pobre, cansado y solo...!

X

¿Qué me importa
que te fueras lejos,
si me habías de dejar en el alma
clavado el recuerdo?

¿Qué me importa el mundo,
ni los astros, ni el mar, ni los cielos,
si llevo en el alma,
vestida de negro,
junto a tu recuerdo, la esperanza muerta,
y al dolor, oculto, labrando en silencio?

XI

Quietud, quietud: Hondo reposo,
sueño del mundo;
el mar dormido, el aire en calma,
el sol caído, en el crepúsculo...

¡Silencio y soledad...! Nada perturba
la transparencia del ambiente mudo...
Sólo tú, alma, en el espacio, errante,
indagando el enigma del futuro...!

XII

¡Cielo y mar, cielo y mar sólo
ante la mirada,
y tristezas, densas tristezas
dentro del alma...!

¡Oh, Dios!
¿quién sabe
si éstas serán tus únicas y eternas
inmensidades?
¡Cielo, mar y tristezas...!
¡Oh, Dios!, ¿quién sabe?

XIII

—¿Dónde estás, corazón, que ya no escucho
el latir de tu vuelo fatigado?

La caja de oro del recuerdo hoy guarda
un nuevo ensueño para tu cuidado.

Torna otra vez a mi, vuelve a tu nido,
de tu intenso dolor purificado...

Una voz, la del mar:

—Tu corazón
está dentro de mí... ¡Ven a buscarlo!

Y en el mar penetré —fue como en sueños—,
y rebusqué en sus fondos solitarios;

mas no pude encontrar lo que buscaba...

¡El mar, como tu voz, me había engañado!

XIV

Yo que apenas respiro

por no quitarle al aire su pureza,

y si muevo la planta

medito el bien que han de dejar mis huellas;

hoy he sentido claudicar mis modos,

por un delito de impiedad inmensa:

He visto un alma desgarrar su vida

¡y ni quise pensar en detenerla!

XV

Rosas de espuma que el mar

abre en la playa dorada,

fugaces como vosotras

y como vosotras blancas,

fueron las rosas que un día

florecieron en mi alma...

¡Mi corazón hace tiempo

que otro florecer aguarda!

XVI

Detenerte en la partida
fue mi afán único y fuerte;
pero, ¿cómo detenerte,
si había de ser tu huida
el principio de mi muerte?

XVII

El mar se ha alzado airado
porque una sombra ha oscurecido el cielo,
y en montañas de espuma
se resquebraja contra los roquedos...

Algo de esto, más hondo,
está pasando dentro de mi pecho:
El corazón se agita y se agiganta
y se desborda en lágrimas de fuego,
porque una sombra —tu recuerdo triste—
¡me ha llenado de pronto el pensamiento!

XVIII

Borracho de penumbra,
roto de sentimiento,
con los ojos estáticos
profundamente abiertos,
nada aguardo...

Y no obstante,
algo vendrá, de cierto;
algo que romperá, al fin, este vaso
¡de pesadumbres lleno!

LA NOCHE

I

Un temblor lejano
corta el horizonte;
se cubren de niebla
los montes.

Un leve respiro
rueda sobre el mar,
apagando el oro
de la luz solar.

Se puebla el espacio
de nimias estrellas,
—puntos de plata
que apenas destellan—.

La Noche se adentra,
misteriosa y bruna...
Sombras y silencio...
Y después... ¡la luna!

Noche, a ti me entrego,
lírico y ferviente,
con el ansia antigua
y el dolor presente.

Hunda en mí tu espíritu
toda su emoción,
y arda en ti la llama
de mi corazón.

II

Llama de mi espíritu,
ansia indagadora de mi pensamiento,
piérdete en la noche, y escruta en las sombras
los hondos misterios que ocultan los cielos.

Escruta en las sombras, y busca una estrella
—si llegas tan lejos—,
donde pueda grabar para siempre
¡la huella que en mi alma dejó su recuerdo!

III

Te puse en el alma mía
y holgabas, jugando en ella;
eras diminuta, mínima,
casi invisible: ¡una esencia!

Luego saliste de mí...
¡y hoy, todo el espacio llenas...!
Adonde quiera que miro,
allí mis ojos te encuentran.

Yo no sé si es ilusión
o verdad tanta grandeza;
sólo sé que en la alta noche
¡me hablan de ti las estrellas!

IV

Mi poder tan pequeño,
¡y esa estrella tan alta...!
Aunque la noche se prolongue, eterna,
¡jamás podré alcanzarla!

V

¡Oh, este infantil deseo
de tener las estrellas
cerca, para apagarlas
y volver a encenderlas,
lo mismo que hace Dios
cuando juega con ellas...!

¡Qué pueril este anhelo...!
¡Y qué honda tristeza
del corazón, que nunca
consigue lo que sueña...!

VI

Todo como la espuma se deshace;
todo como el rumor se desvanece;
todo cambia y se extingue
en la penumbra de un ensueño leve.

Corazón, no te importe la alegría,
ni el dardo agudo del dolor presente;
deja pasar las horas
indiferentemente,
que el ritmo lento de tu vida es sólo
¡una esperanza que en la noche muere!

VII

Una fugaz estrella
que cruza el firmamento
rápidamente, y cae
sobre el mar a lo lejos...

Eso fuiste en la intensa
penumbra de mi ensueño,
para rodar, al fin,
¡al mar de mi recuerdo!

VIII

¡Oh, noche! ¡Quién pudiera
prolongar el encanto que en ti existe,
y hacer que todo fuera
como tu luna, transparente y triste!

¡Quién pudiera lograr que la mañana
ya nunca más vuelva a encender su broche;
y que el alma, liberta y soberana,
rompa su sombra arcana
y sea una estrella de tu imperio, noche!

IX

Porque la luna ha muerto, está la noche
de luto riguroso;
no brilla ni una estrella
ni hay la más leve claridad en torno.

El rumor de las olas, en las sombras,
llega como un sollozo,
como un sollozo que la noche diera
para arrancar su sentimiento hondo...

¡Cuando la luna muere,
llena el dolor el Universo todo!

X

Surges de mi pasado
como una estrella blanca,
para rasgar un punto
las sombras de mi alma.

Y luego te disipas
de nuevo en la distancia...
¡El viento del olvido
tu claridad apaga!

XI

Ser
un instante,
¡y después no saber
si fuimos antes!

XII

Ahogándome en las sombras, lancé un grito
en el silencio de la noche: ¡Dios!
Y mi voz, imperceptiblemente humana,
en la noche profunda se perdió.
Y hubo un rodar de estrellas,
y un hondo espanto de alucinación;
y el eco de mi voz vibró lejano,
de mundo en mundo, repitiendo: ¡Dios!

XIII

Voy por la playa en sombras
absorto en tu recuerdo y mis tristezas;
sobre la arena amiga
el mar descansa, respirando apenas.
De vez en cuando, el viento
hace oscilar la trémula
llama, de alguna débil
y compasiva estrella.
El alma tiembla muda,
sombras y soledad pesan en ella;
soledad que dilata tu recuerdo,
sombras para una luz que nunca llega...
¡Señor! ¿Ya nada restará a mi vida
que de esta angustia redimirla pueda?
—mi voz pregunta—, y en la oscura noche,
perdido, el eco imperceptible suena.
¡Nada! —otra voz responde—.
¡Y sin embargo el corazón espera!

XIV

Vivir como un sueño
sutil y ligero;
o como esa estrella
que en la noche tiembla.

Ser algo impreciso,
transparente o tímido.

¡Y agostarse luego
como flor del Tiempo!

XV

Me he arrancado del alma tu recuerdo
para quedar más solo todavía;
ni fe ni amor, ni idealidad de estrellas
en las dolientes noches de mi vida.

Solo sobre la playa desolada,
con la mirada en la extensión perdida,
hasta que llegue el eternal barquero
¡que me ha de transportar a la otra orilla!

XVI

Estoy sobre el mar:
¡navego!
Arriba, sombras y estrellas;
abajo, mar y misterio.

El pensamiento no sabe
hallar el camino cierto,
dónde empiece el infinito,
dónde se detiene el tiempo.

Y el corazón asustado
tiembla como un niño enfermo,
como si una mano oculta
se alzara para cogerlo.

Voy navegando sin rumbo,
lleno de ansias y de miedo,
perdido, como en la vida,
¡mar adentro...!

LAS ÚLTIMAS ORACIONES

I

El mar, roto en espumas,
juega sobre la arena;
la luna lo acaricia
como una niña buena.

El mar se regocija,
se exalta, se refrena,
se agita, se retuerce,
luego se despereza

blandamente, y suspira...
El viento le contesta,
y es un coloquio hondo
que el infinito llena...

La noche azul recoge
su clámide de estrellas;
el mar, ahora dormido,
descansa en la ribera.

Allá, en el horizonte,
un vago albor clarea;
el viento se ha callado...,
el día, manso, llega...

En el poniente, triste,
desorbitada y lenta,
la luna va apagándose
como una vida enferma...

II

Señor, ¿para qué haces
los días tan pequeños,
que apenas he nacido
y ya me estoy muriendo?
¿Por qué no haces las horas,
en el rodar del Tiempo,
tan diáfanas y eternas
como esos universos
que en el azul se mueven
al soplo de tu aliento?
¿Por qué me das el ansia
y el imposible empeño,
si nunca ha de ser mía
la eternidad que espero,
y he de perderlo todo,
palabra y pensamiento,
tras de esa intensa niebla
que encubre tu misterio...?
¿Por qué, Señor, la vida
si ya me estoy muriendo?

III

¡Amor! Gran mentira.
¡Te creí eterno,
y eras sólo un aroma fugaz
que aspiré en un sueño...!

IV

Frente pensativa, corazón vehemente,
náufrago del mar:
Mira hacia el pasado... ¡sombras solamente!
Mira hacia el futuro... ¡sombras nada más!
¿Tu verdad en dónde,
Dios mío, se esconde?
¿Cuál es tu verdad?

V

Rumor lejano,
eco profundo del mar dormido,
sollozo humano
de un ser sepulto en el olvido...

¡Cómo a mí vienes,
cómo te siento
horadar mis sienes
para avivarme el pensamiento!

Mas no será;
que no se trunca
el destino. Y el mío está
resuelto ya:
¡Nunca!

VI

Te percibió mi deseo
vagando por la llanura
transparente de un ensueño.

Y cuando te fue a tocar,
¡te esfumaste en la más triste
y espantable realidad!

VII

Señor, Señor, ¡qué estéril
y efímera es la vida!
¡Llegar, y casi sin plegar las alas,
tener de nuevo que emprender la huida;
a girar otra vez en tu misterio,
en tus sombras, Señor, desconocidas...!

ALBA POSTRERA

Corazón-marinero, un nuevo oriente
de ilusiones te aguarda.

¡Recoge el ancla, larga el aparejo
y que la paz de Dios guíe a tu barca!

El horizonte cárdeno
llena de rosas de oro la mañana,
y el mar azul extiende
sus quiméricas láminas de plata.

El júbilo del día
renovará tus ansias,
y un entusiasmo nuevo
hará brotar de tus desesperanzas.

¡Vuela, velero mío,
corazón-marinero, que ya tardas...!
¡A la mar otra vez, que un nuevo oriente
para vivir te aguarda...!

FINAL

Y he de morir ¡oh, mar!, he de morir
¡como una ola más en tu ribera!
Le entregaré mi alma al infinito
igual que el infinito me la diera:
¡pura y sin manchas!; y una noche clara,
en lo azul brillará, ¡como una estrella!

Puerto de la Luz, Gran Canaria, 1923.

2. Y OTROS POEMAS

De

LAS MONEDAS DE COBRE

PRIMERAS PALABRAS

Mi verso es el sereno manantial de mi vida
donde fluyen acordes todas mis emociones;
cada emoción que pasa deja una estrofa urdida
con el lino invisible de las meditaciones.

El placer fugitivo que se esfuma en la hora,
el dolor del presente y el fracaso de ayer;
y la angustia infinita del corazón que llora
por el perdido encanto que ya no ha de volver...

Todo fluye en mi verso cadencioso y sereno,
sin reproches violentos, porque he sido tan bueno
que a Nazareth me llevan la Humildad y el Perdón...

Y si el mal algún día viene a enturbiar la fuente,
el Amor la mantiene más pura y transparente,
diáfana, como el oro de una constelación.

AL DEJAR LA ANTIGUA VIVIENDA

Al dejarte, vivienda de mi antiguo respeto,
donde pasé los años más puros de mi vida,
quiero, como homenaje de cordial despedida,
ofrendarte el divino tributo de un soneto.

Bajo la paz augusta de tus viejos maderos
surgió, como un milagro, mi juventud en flor;
en ti soñé las gracias de mi primer amor,
en ti labré el tesoro de mis versos primeros.

Tú guardas en silencio todo el pasado mío;
tu barro es carne mía, que hoy tiritita de frío
en este lento viaje hacia la senectud...

Por eso, aunque te deje desolada y desierta,
vendré todas las noches a llamar a tu puerta,
¡a ver si me responde dentro mi juventud!

LOS BANCOS DEL PASEO

Para Agustín Millares Carlo

Los bancos del paseo
tienen una especial filosofía;
saben de muchas cosas
que a nadie han revelado todavía.
Ellos, humildemente,
todo lo ven y observan y analizan,
y en su actitud cuadrúpeda
guardan, discretos, su sabiduría.
Ellos saben y callan,
—¡oh si hablaran los bancos algún día!—
e indiferentemente
miran morir el sol tras la colina.
Ellos saben de todas
las cosas de la vida:
de diálogos vulgares,
de manos atrevidas,
de promesas de amor
muy quedamente dichas;
de reflexiones graves,
del hombre que medita
bajo la fronda espesa
cuando la luz declina;
del desplome indolente,
del hambre y la fatiga
que sufre el paria errante

sin hogar ni familia;
de dolencias incómodas,
de piernas paralíticas
que se extienden al sol
buscando su caricia;
de sorpresas nocturnas,
de misteriosas citas,
de suspiros y quejas,
de tímidas sonrisas
en las predilecciones
y las coqueterías.
Saben de fines trágicos,
de amargas despedidas,
de inquietudes de esperas,
de tedios y alegrías...
De todo lo que es cómputo
y esencia de la vida,
los bancos se penetran
aunque a nadie lo digan.
Y en su actitud cuadrúpeda
observan y analizan,
y luego, humildemente,
guardan, discretos, su sabiduría...
¡Los bancos del paseo
tienen una especial filosofía!

EL ARRIBO DE LA FLOTA BALLENERA

A Rafael Hernández

Al Puerto de la Luz
ha arribado una flota ballenera:
tres brick-barcas de altura
de estupendas fachadas marineras.
En el asta de popa cada una
trae la insignia de la Unión de América,
y al entrar en bahía, simultáneas,
dejan caer sus anclas y cadenas.
¡Fondo! Ya están en puerto,
en la ensenada abierta
en la ruta de Atlante,
lejos de las borrascas y tormentas,
para surtir de víveres
sus despensas exentas.
Sus cascos arrufados
y sus pomposas velas,
la gracia de sus mástiles
y el vivo tricolor de sus banderas,
lucen con más prestigio
al arribar a esta española tierra.
Sus tripulantes tienen
negra la faz y la armazón atlética;
son mocetones rudos,
vencedores en luchas epopéyicas

de los grandes cetáceos monstruosos
que lo profundo de los mares pueblan.
Ahora, activos y ágiles,
recorren las cubiertas,
suben las jarcias y ásense a los mástiles
para plegar las gavias volanderas.
Y hacen chirriar pastecas y motones,
oscilar fatigadas las cangrejas,
y girar los cordajes
en su ordenada trabazón perfecta.
Les empuja el deseo
en sus broncas faenas,
de disfrutar la paz en la bahía
y el desenfreno pasional en tierra...
El Puerto de la Luz
ostenta hoy una apariencia nueva...
¡A sus aguas tranquilas
ha arribado una flota ballenera!

EL FARO DE LA ISLETA

A Néstor

El faro de la Isleta
en la noche invernal tan luminoso...
refulge entre la niebla
como un astro benévolo y piadoso...
Su luz potente cambia
de reflexión; tan pronto es un dudoso
color anaranjado, como un blanco
vívido y transparente; luego un rojo
clarísimo, que esplende
como un rubí gigante y fabuloso,
y otra vez el primero, y así siempre,
desde el ocaso al orto...
Entre las densas sombras
del cielo sin estrellas, tenebroso,
el faro de la Isleta
es un clarividente milagroso
que señala la ruta
del buen abrigo y el feliz reposo
al inquieto marino
que en el puente sondea el pavoroso
misterio de las sombras
luchando con el mar tempestuoso...

El faro es la alegría,
el infinito gozo
del arribo seguro
tras del viaje penoso.
¡Su luz es la primera luz de hogar
que al corazón saluda en el retorno...!

CANTAN LOS TRIPULANTES...

A Rafael Cabrera

Cantan los tripulantes
de los barcos anclados en el puerto
unas canciones tristes
saturadas de aroma de recuerdos.
Sus voces en la calma
de la noche estival, alzan el eco
que repite los tonos armoniosos,
ya casi imperceptibles, a lo lejos...
Yo, desde el muelle en sombras,
prendido el pensamiento
en la lírica llama
de un fugitivo ensueño,
dejo vagar el alma
al compás de estos cantos marineros;
cantos de amor nostálgico,
todos evocación y sentimiento.
Un organillo lánguido
con plañir lastimero,
va desgranando su polifonía
como un quejido prolongado y trémulo,
y en el confín se pierden sus acordes
sobre la vaga ondulación del viento...
El mar duerme en reposo,
y es un temblor de luz el firmamento...

Noches de la bahía,
romántica ensenada de mi puerto,
siempre en quietud sumida
bajo un cielo purísimo y espléndido.
Esta noche he escuchado
repercutir en vuestro alejamiento,
con los cantos nostálgicos
de los patrones y los marineros,
el ansia de otras razas,
el alma de otros pueblos
que con la mía se fundían en una,
del vasto espacio en el crisol inmenso.
¡Y eran fundidas una sola estrella,
y un solo amor bajo la paz del cielo...!

PARTIÓ LA NAVE BLANCA

Partió la nave blanca, de gallardo aparejo,
a impulsos de la racha, sobre el dormido Atlántico;
su silueta fantástica fue esfumándose, lenta,
tras la imprecisa niebla del horizonte vago...

¡Partir...! ¡Dejar la estéril
monotonía triste de este vivir huraño,
y arribar a otras playas desconocidas, donde
el placer sea más cierto y el dolor más amargo!

LABOR INTERRUMPIDA

Sobre la mesa donde estos versos escribo,
traza un rayo de sol un arabesco extraño;
en la negrura mate de las tablas pintadas
el vívido reflejo se patentiza áureo.

Yo he suspendido un punto la labor preferida,
y he fijado la vista sobre el sutil hallazgo;
las rayas misteriosas de la luz en la mesa
me abstraen poco a poco, y olvido lo empezado...

.....

Atentos en la vida a cualquier labor seria,
el más pueril engaño nos deja aprisionados...
¡Y así somos, poetas, risiblemente inútiles!
¡Así somos, hermanos, risiblemente vanos!

DOLENCIA INCURABLE

Esta enfermedad mía, tan absurda y molesta...
Pensar que voy a un sitio y temblar asustado,
como si algún peligro fatal me amenazara
en todos los lugares adonde van mis pasos...

Los sapientes doctores me dicen que es dolencia
propia de los espíritus sensibles y románticos;
descentralización del engrane nervioso;
inquietud metafísica del hombre visionario.

¡Oh queridos galenos! Vuestra sabiduría
llega a tocar los límites de lo extraordinario...
Ése es mi mal, sin duda; pero... ¿y la medicina?
No basta ahondar el mal, es menester curarlo.

LOS VIEJOS DISCRETOS

Yo voy siempre en tercera, como el poeta amado
de la melancolía y el ensueño maduro
—el intelecto elige los lugares discretos—
y de este modo el daño de la etiqueta eludo.

Me repugnan las testas con olor a cosmético;
las carcajadas graves de los hombres barbudos;
las palabras sonoras de la gente ilustrada
y el discreteo estúpido de una pareja al uso.

De este modo, mi vida es más diáfana y seria;
de este modo, mi ensueño es más lírico y puro;
fue en vagón de tercera donde vine a la vida,
y en tercera prosigo mi vagar taciturno.

LA CIUDAD EN RUINAS

A Domingo Rivero

Callejas desiertas, muros derruidos,
jardines sin flores de la primavera,
fuentes agotadas, templos destruidos,
estragos que el tiempo labra en su carrera...

Todo rodeado de un vago misterio,
todo bajo un frío manto de tristeza...
La ciudad parece como un cementerio
donde yace inerte la Naturaleza.

Nada ha resistido la lenta batalla
del tiempo, que todo rinde y avasalla,
templos, dioses, glorias, amores, fortuna...

¡Sólo el Arte sigue reinando altanero,
como un impasible y altivo guerrero,
sobre los escombros bañados de luna!

PLAYA DE LAS CANTERAS

A Montiano Placeres

Playa de las Canteras en la paz del verano:
un cielo transparente cubierto de zafir,
y un mar cuyo horizonte orla el Teide lejano,
que en un lecho de arena se recuesta a dormir.

De vez en cuando un vuelo pausado de gaviotas
se eleva, como un triunfo, sobre el azul del mar,
y surca un trasatlántico las distancias remotas,
reflejando en sus mástiles la irradiación solar.

Un hálito de brisa se extiende mansamente
sobre las aguas, cuando la tarde lentamente
el cielo va tiñendo de un rojo bermellón...

Y surge, allá, a lo lejos, donde la luz declina,
la gallarda silueta de una vela latina
que avanza silenciosa como una aparición.

¡OH, LA MONOTONÍA!

¡Oh, la monotonía del vivir cotidiano...!
Ciego girar en torno de una rueda ilusoria;
siempre las mismas tierras tras del mismo océano,
siempre los mismos hechos para la misma historia.

Tristezas y alegrías de algunos días lentos,
y un misterio profundo que en la sombra navega...
y algunas añoranzas y algunos pensamientos,
y un anhelo por algo que a alcanzarse no llega...

Y así constantemente un día y otro día;
llorando hoy tristezas lo que ayer fue alegría,
buscando, en vano, término a una lucha sin fin...

¡Hasta que nos perdemos en lo desconocido,
sintiendo una congoja que nunca hemos sentido
y aquel remordimiento cobarde de Caín!

LAS ÚLTIMAS PALABRAS

I

Tristezas de las cosas,
aburrimiento, hastío...
el mismo mar, el mismo cielo... el aire
igual que siempre... y todo sin sentido...

II

Voy poniendo en mi alma,
como sobre un altar, tus pensamientos:
los dulces, los amargos,
los grandes, los pequeños...
Y a veces creo que en el alma pongo
lo único superior del Universo.

III

Siempre en el horizonte
la quimera anhelada...
Y el camino infinito, interminable
sin saber dónde acaba...

IV

Viene el mar a la playa,
como un muchacho loco, a revolcarse...

Yo le miro angustiado; el corazón
se estremece, cobarde...
¡Si el mar, de pronto, nos llevara a todos
y nadie viera donde estuvo nadie...!

V

Fue el golpe tan certero,
que apenas pude defender mi vida...
Hoy tan sólo me importa
gustar la pena y olvidar la herida.

VI

El sol sobre los montes
ha sembrado las rosas del ocaso:
las rojas, las azules, las doradas...
¡Todo un glorioso florecer romántico...!
¡Señor, Señor, no dejes
que la noche deshaga este milagro...!

VII

Sobre la mar, magnífico,
se ha extendido, por verte, el pensamiento;
si no te encuentra es porque sólo existes
como una transparencia en mi recuerdo.

VIII

¡Los sueños del poeta...!
Algo sidéreo que la mente abarca
un momento, y que luego se diluye
en un vago desfile de palabras...

IX

Rosas de la mañana,
alegrías pretéritas, recuerdos
que ahora, cuando se evocan
surgen precisos, como un eco...
dentro de algunos años, ni vosotros
vendréis a visitarme desde lejos...

X

Melancolía, alma
del vivir comprensivo,
por ti, sólo por ti
sabe mi corazón que aún está vivo...

XI

Una estrella de oro
se ha encendido en lo azul del firmamento...
Sola, como esa estrella,
estás tú en la blancura de mi ensueño...

XII

Alma mía, divina
golondrina viajera,
ya se han roto tus alas,
¡y aún estás en mitad de tu carrera!

XIII

Por los montes lejanos
la noche negra avanza...
El mar la ve llegar, y hay una intensa
inquietud en sus aguas...
¡El mar ante la noche...! El alma mía
ante el hondo negror de tu mirada.

XIV

Nada tengo ni espero...
solo sobre las ruinas me he quedado...
Que Dios, si quiere me comprenda y deje
que el alma vuele ¡limpia! en el espacio.

XV

Corazón, marinero de cien mares,
argonauta romántico y doliente
que ahora, ante el infinito,
cansado te detienes:
¡A la mar otra vez, que un nuevo día
más luminoso en el azul florece...!

De

CANCIONES DE LA ORILLA

MI BARCA PEQUEÑA

Mi barca pequeña
no sale del puerto,
ni tiene más velas
que mi pensamiento.

Yo no sé de mares
de violencias bravas,
sino de este humilde
que duerme en la playa.

Ni el oro ni el triunfo
me llevaron lejos,
ni anhelé otras glorias
que las de mis sueños.

Por eso mi vida
modesta y sencilla,
la disfruto solo,
cantando en la orilla.

ALUCINACIÓN DE LA MAÑANA

¿Quién derramó tanta luz
sobre el mar esta mañana,
que hasta las olas parece
que se deshacen en llamas?

¿Quién aprisionó en mi mente
el tormento de soñar,
que la realidad me llama
y no acierto a despertar?

MEDIDA IDEAL

Cuando cierro los ojos
para ver el exacto
contorno de mi vida,
con qué pena los abro.

La medida ideal
sólo abarca un espacio
pequeño, el de un círculo
que me va aprisionando.

INUTILIDAD DEL PENSAMIENTO

¿De qué me sirves, pensamiento,
si nunca podré alcanzar
la fugaz audacia del viento
ni el impulso de la mar?

¿De qué me sirves, pensamiento,
si jamás podré obtener
el más allá del firmamento
ni la resurrección del ayer?

¿De qué me sirves, pensamiento,
si, al fin, no he de conseguir
más vida que este momento,
que es el momento de morir?

CONSOLACIÓN DE LA NOCHE

Miraba hundirse el astro pontifical del día
en la roja penumbra de un crepúsculo lento;
el mar como una lámina de plata se extendía,
rozando en los confines la paz del firmamento.

Y dije: «La grandeza de este momento puro
vale, Señor, por toda la vida que me diste;
esta embriaguez del alma que vuela hacia el futuro,
tras de algo que presente y que quizá no existe.»

Como a un conjuro mágico de célicas deidades,
sentí sobre mi frente caer las claridades
de una verdad que ahincaba sus rutilantes huellas.

Mas no era sólo mía la gracia sobrehumana,
que en el profundo espacio la noche soberana
¡volcaba su tesoro de vívidas estrellas!

CONSEJOS VARIOS

II

No desdeñes el contacto
con las piedras de la calle;
tu humana raíz no vive
sólo del aire.
El pensamiento, que vuela;
pero la planta, que arraigue.

III

Alza la frente a la altura
mira al sol cara a cara;
no te importe quedar ciego
si se te ilumina el alma.

IV

No es la voz más clara
la que canta más,
ni la que más habla
dice más verdad.
Oye la voz del Silencio...
¡Pero sábelo escuchar!

VI

Mejor que luz, estrella;
mejor que aroma, flor.
La vida es sólo un eco
de otra verdad mayor.

DESDE LA PLAYA VIEJA

A Tomás Morales

¿Hacia qué nuevas rutas emprendiste la huida?
¿Por qué mares navegas ahora, capitán?
En tus playas de antaño canta mi voz dolida,
y tus viejos marinos esperándote están.

¡Capitán, capitán! Surja la amada estrella
que anuncie tu regreso a los mares de ayer;
en la noche en que estamos sólo alumbra tu huella.
¡Tráenos la alegría de un nuevo amanecer!

IN MEMORIAM

*A Rafael Romero
(Alonso Quesada)*

Siempre en lucha con la vida
y el ambiente en que naciste,
en la paz al fin caíste,
alma grande y dolorida.

El pesar de tu partida
es pesar que siempre existe,
porque todo lo que fuiste
no se borra ni se olvida.

Fuiste amigo preferido;
fuiste en arte el elegido,
de más firme excelsitud.

Y en las sombras del sendero,
fuiste guía y compañero
de mi muerta juventud.

EN LA PLAYA DESIERTA

Amigos, ¿a dónde fueron
nuestras horas de amistad?
¿Qué silencio es el que hoy llena
esta íntima oquedad?

¿Dónde suenan vuestras voces
que no las oigo sonar?
Amigos, todos sois idos...
¡y yo estoy solo ante el mar!

LOS ÚLTIMOS ACORDES

Para Antonio Machado

1

No se sacia mi deseo...
¡Siempre buscando en el agua
lo que se pierde en el viento!

2

Roca firme, corazón
de la mar que te combate.
¡Admirable corazón!

3

Realidad pura e invisible,
que la palabra no acierte
a aprisionar en sus límites.
Realidad pura e invisible,
que el sentimiento presienta
y el pensamiento acaricie.

4

¡Cómo se estremece el mar
cuando el viento lo acaricia,
sin llegarlo a despertar...!

5

¡Recuerdo de aquel instante...!
Aurora de un nuevo día,
llama de un mundo que nace.

6

Sólo un verso,
con una sola palabra
y un único pensamiento.

7

Marinero,
pon la esperanza en tu barca;
la voluntad, en sus remos.

8

Ave sin sosiego,
vuela siempre a la deriva
mi pensamiento.

9

En todas partes estás,
en todas partes te veo...
¡y no te puedo tocar!

10

Yo sé de un hombre que pudo,
sin tener alas, volar;
pero soñó... y todavía
no ha podido despertar.

11

Tiempo,
tiempo y nada más.
Y una ilusión... a lo lejos.

12

Cielo y mar...
¡Qué poco somos
para tanta inmensidad!

13

Tan sutil,
que no se llegue a pensar,
que no se pueda decir.

14

En la tierra madre
está mi secreto.
No lo sabe nadie.

15

¡Quién creería
que aquella estrella tan clara
tan pronto se apagaría!

16

Como era tan frágil,
se me deshizo en la luz,
el pensamiento y el aire.

17

Amistad,
íntima virtud del alma
que pocos saben guardar.

18

¡Silencio...!
Que quiero oír
lo que me dicen mis sueños.

19

Imagen del nuevo día:
Signos vagos, claridades
que no son luz todavía.

20

Sombra mía, compañera,
¿seré yo el que te llevo
o eres tú la que me llevas?

21

Nunca tengo la razón.
Cuando otros van, yo me quedo;
si otros callan, hablo yo.

22

Razón tiene el agua:
Cuando poca, dulce;
cuando mucha, amarga.

23

Horizontes,
lejanías;
el sol que dora los mon-
tes;
líricas melancolías
del alma que vuela erran-
te,
tras de un eco alucinante
de inconcretas melodías.

24

Estrella lejana,
luz que apenas brilla,
vida que se apaga.

25

En el ronco viento
una voz perdida;
o mejor, un eco.

26

Por los caminos del sueño
buscaré errante tu huella.
Feliz seré si la encuentro.

27

En mi soledad
ya ni la esperanza
me viene a buscar.

28

Sobre el mar dormido,
la luz de la luna
temblando de frío.

29

Ni del hondo mar
ni del alma en sombras
sabrás la verdad.

30

Espuma de la ribera,
encaje frágil tejido
entre la mar y la tierra.

31

Dame, mar, tu aliento;
dame un ansia nueva
o ahógame en tu seno.

32

Marinero, canta,
que ya viene el día
con otra esperanza.

Realidad o quimera,
deja al pensamiento
que vaya por ella.

FINAL

Ante ti, mar, vigilante,
y ante el mundo indiferente,
miro fijo al horizonte
por donde la noche viene.

Ya no hay luz sobre los montes,
ni ilusiones en mi mente;
sólo aguardo el soplo tuyo
que a la eternidad me lleve.

De

FRENTE AL MURO,
RESURRECCIÓN
Y OTROS POEMAS

RITMOS Y CANTARES

1

¡Cantares...! Cantares son
secretos que tiene el alma,
que se escapan por la voz.

2

¡Cantares...!
Música de espumas
que forman los mares.

3

En la rama canta el ave
y en la mar el marinero;
yo canto en mi soledad,
entre las sombras de un sueño.

4

Burrito de carga,
hermanito mío,
¡qué vida tan larga!

5

Cárcel es nuestro vivir,
nos aprisiona al nacer
y nos liberta al morir.

6

Para entender el sentido
del corazón, cuando canta,
hay que escuchar su latido.

7

Canta, canta, canta más,
canta siempre y para ti.
No te importen los demás.

8

Milagro de Amor:
¡En el viejo tronco
retoñó una flor!

9

Estrella lejana,
luz que apenas brilla...
¡mi cándida hermana!

10

Déjame vivir así,
no me digas la verdad;
la ignorancia tiene un nombre:
se llama Felicidad.

11

Dile al pensamiento
que no se detenga,
que vuele más lejos.

12

Y ama la esperanza,
que también es gozo
lo que no se alcanza.

13

Para estar más puro,
huyo de mi sombra
cuando da en el muro.

14

Tengo los ojos hundidos
de mirar siempre hacia dentro,
para no errar el camino.

15

Nacer y sufrir,
sufrir y cantar...
¡Mi vida fue así!

16

Ponme vino, cantinera,
ponme vino,
que tengo el alma sedienta
de la aridez del camino.

17

En la noche santa,
la luna es la estrofa
que el misterio canta.

18

Y en el claro día,
el sol es el himno
triunfal de la vida.

19

¡Cantemos, cantemos!
Los brazos en cruz,
la voz en el viento.

20

Y así cada día,
hasta que cantando
se acabe la vida.

21

No logramos conocernos:
Tú mirabas lo de fuera,
yo veía lo de dentro.

22

En la lejanía
nace y muere, siempre,
lo mejor del día.

23

Aquel deseo de ayer
es el momento que hoy vivo.
¿Podré mañana saber
que he vivido?

24

No le temo al oleaje
ni a la fuerza del turbión;
lo penoso no es el viaje
sino la separación.

25

Júbilo de la mañana,
grito desnudo del día,
¡renacer de otra esperanza...!

26

Palabra, qué mal me sueñas
cuando no acierto a expresar
lo que condensa la idea.

27

Música interior,
sonido sin eco...
¡mi cordial canción!

28

«Que la vida es sueño»,
dices, y sonríes...
¡Ya está amaneciendo!

29

¡Cantemos! ¡Cantemos!
¡que en ondas de ritmos
se anegue el silencio!

30

Mar de la esperanza,
¡qué pocos consiguen
volver a tus playas...!

31

Ni la pica ni la lanza,
sino el yunque y el martillo
que hacen cantar a la fragua.

32

No quiero pájaro en mano
ni en redes de fina seda:
quiero pájaros volando
libres, en el aire libre,
volando, siempre volando.

33

¡Vuela, vuela, corazón!
La prisión la dan los hombres,
la libertad la da Dios.

34

Canta, canta, corazón,
que en el ritmo de tu vida
suene tu propia canción.

35

No pienses en el ayer
que es tiempo que ya pasó;
rompe el recuerdo y olvida,
sueña otro mundo mejor.

36

Mar tranquilo, mar en calma,
espejo del alto cielo,
lámina de azul intacta,
quién pudiera
sobre ti dejar grabadas
la palabra nunca escrita,
¡la idea jamás soñada...!

37

En el viento y sobre el mar
puse mi ambición un día,
y qué lejos no se iría
que no la he vuelto a encontrar.

38

Ritmos suaves y ligeros
que nacen del mar dormido
y se pierden en el viento,
con vosotros
vuela siempre mi deseo...
Este desear eterno
que nació cuando nací,
y que morirá... ¡si muero!

39

Trabajar,
luchar,
sufrir,
para alcanzar
el morir...
A esto se solía llamar
¡Porvenir!

40

Ave vieja y mal herida
que apenas puedes volar,
tu razón no está en la huida
sino en saberte quedar.

41

¡Cantemos, alma, cantemos,
que el milagro de la vida
es canción del Universo!

42

La verdad, aunque sea amarga,
pero dicha claramente,
cara a cara.

43

¿Dónde está la realidad?
¿En el cristal del espejo
o delante del cristal?

44

Soy imagen de mí mismo.
Aunque a veces no conozco
al hombre que va conmigo.

45

¿Quién pudo pensar ayer
que el *mañana* aquel, distante,
fuera el *ayer* que ya fue?

46

No entregues tu vanidad
al elogio mentiroso.
Busca y ama la verdad.

47

Siempre a solas con mi instinto
sin brújula que me guíe,
voy andando mi camino.

48

Siempre amé la soledad,
desierto donde la idea
recobra su libertad.

49

Era tanto su saber,
que hasta de su propio nombre
se olvidaba alguna vez.

50

¡Tu verdad! Dila en la plaza,
no la calles ni la ocultes.
O más que decirla, cántala.

51

Abre el surco, labrador,
y echa pronto la semilla
que tuya será la flor.

52

Cantar, cantar cada día,
cantar siempre hasta la muerte;
la pena se hace alegría
cuando en el cantar se vierte.

53

Déjame ser lo que soy.
Consciente conmigo mismo
voy donde quiera que voy.

54

Ya no sé dónde me encuentro,
ni qué soy ni a lo que aspiro;
sé, apenas, que sigo siendo.

55

¿Que cómo, amigo, me llamo?
Ocultártelo no quiero.
Lláname tan sólo «Amigo»,
que es mi nombre verdadero.

56

¡Qué caprichos tiene el mar!
Siempre que toca la orilla
reclama su libertad.

57

Marinero,
en la mar está tu barca;
en la tierra, tu recuerdo.
No prolongues más el viaje,
marinero.

58

Dale al corazón consuelo;
cántale un canto de cuna,
mira que se está durmiendo...

59

Le dijo el viento a la mar:
«Para hacerte estremecer
no tengo más que soplar».

60

No especulo con palabras.
Digo lo que voy sintiendo
con la claridad del agua,
con la sencillez del viento.

61

No soy santo ni guerrero:
soy un hombre como otros,
un poco más y algo menos.

62

Echa tu amor al olvido,
marinero, y sigue el viaje;
a cualquier puerto que llegues
vendrá otro amor a buscarte.

63

Mi canción es sólo una.
El ritmo de la postrera
conserva el vaivén de cuna.

64

Somos hermanos en todo.
Pero qué pocos ¡Dios mío!
reconocen que lo somos.

65

Recordando lo vivido
no contamos lo ganado,
sino lo que hemos perdido.

66

¡Qué efímera es la esperanza!
Si se tiene y no se alienta
se disipa y no se alcanza.

67

Luces del amanecer.
El mar dilata sus límites
desde que las ve nacer.

68

¡Qué emoción,
sentir una voz que canta
y ser nuestra la canción!

69

Vino su amor tan callado,
que mi boca quedó muda...
Tan sólo hablaron los brazos.

70

No digas a dónde vas,
que alguien te saldrá al camino
para impedirte llegar.

71

Yo sé de un tiempo perdido
que nació de una esperanza
y feneció en el olvido.

72

Canción que no tiene ritmo
no la entiendo:
para que exista armonía
tiene que medirse el tiempo.

73

¿Mi ilusión?
Ser fuente que no se agota,
eco de eterna canción.

74

No me conformo con ser
polvo que el viento dispersa,
átomo que no se ve.

75

Principalmente, durar.
Ser realidad permanente
como la roca en el mar.

76

Canta, viejo marinero,
canta, que el mar sin borrascas
ya no puede estar muy lejos...

77

Me quitarás la palabra,
pero nunca el sentimiento
que está en el fondo del alma.

78

Mi Dios es el del Perdón,
que es el Dios que llevo dentro:
el Dios de mi corazón.

79

Pobre iluso,
que creíste en el presente
¡lo que te negó el futuro!

80

¡Recuerdos del tiempo ido
que ya nunca volverá!
Todo ha desaparecido...
Lo que ha sido,
si es que *ha sido... no será*

81

Sólo es amor duradero
el que no logra vencer
los límites del deseo.

82

Ya se está apagando el día
en los montes y en las sierras;
ya viene la niebla fría,
ya llega la noche negra...
¡Cantemos, que todo acaba!
¡Cantemos, que nada queda!

83

Recoge tus velas,
viejo marinero,
que ya se divisan
las luces del puerto.

Largo ha sido el viaje;
el destino, incierto,
penosa la ruta,
duro el mar y el viento...

Pero nada importan
las penas que fueron.

La ribera amada
te espera de nuevo,
y en ella la calma
feliz del regreso.

Descansa y olvida,
viejo marinero;
acaso tu viaje
¡sólo ha sido un sueño!

NO ERES TÚ...

No eres tú ni soy yo. Somos el todo
de un ideal que troqueló el destino.
Tu vida con mi vida halló acomodo,
y así logramos, del humano lodo,
forjar la imagen de un amor divino.

ANSIA SUPREMA

Déjame vivir ahí,
en el hueco de tu nombre,
lejos de la realidad
que mis instintos absorbe.

No quiero ser lo que he sido:
hombre entre todos los hombres,
esclavo de los deseos,
víctima de las pasiones.

Quiero ser esencia, pura
de algo que no se conoce:
de luz de ensueño, o de ritmo
de un universal acorde;
de algo lírico y etéreo,
sin sustancia ni horizontes...

Déjame vivir ahí,
en el hueco de tu nombre.

ANTE EL BRONCE DE ALONSO QUESADA

RAFAEL ROMERO

Rafael, nuevamente
volvemos a encontrarnos:
tú, rejuvenecido por el bronce,
yo, medio carcomido por los años;
pero los dos unidos,
siempre, en el mismo espiritual abrazo.

De tu vida terrena
ya todos conocemos el catálogo:
Orfandad pobre, juventud inquieta,
proyectos, desengaños;
ordenación de números
ante el Mayor y el Diario
para ganar el pan, «¡el eterno pan nuestro,
de tan eterno amargo!»
Un ansia irrefrenable de horizontes,
un intelecto extraordinario
forjando ensueños o contando estrellas
en noches de delirio visionario.
Un alma en pasión viva
encendida en un páramo
de gentes distraídas o mediocres...
Románticos decires, versos, lauros...

Y luego, el hogar puro,
el nuevo hogar preciado
que abrió el Amor, rendido
a la belleza de unos ojos claros,
consuelo de tu espíritu,
remanso de tu cuerpo fatigado
bajo el amparo de unos rizos rubios
y la dulzura de un filial contacto.

Y al fin, la huida, ¡tu fatal huida!,
el doloroso tránsito
de tu vida, truncada y desgarrada
¡en la soledad triste de los campos...!

Todo esto, Rafael, ya lo sabemos.
—Y acaso no esté mal el recordarlo,
que la historia conviene repetirla
para que no se pierda en el pasado—.

Mas lo que yo ahora quiero
tiene un valor más alto:
Quiero que me reveles el secreto
de ese mundo ignorado
de paz perpetua e inenarrables goces;
ese mundo soñado
donde las almas fraternizan libres
en una alegre comunión de hermanos.

Háblame, Rafael, que hable tu bronce,
que el bronce es elocuencia en muchos casos.
Dime que es verdadero
todo lo que sentimos y anhelamos;
que hay una dicha cierta
tras de este afán y este bregar de espanto.
Que hemos de vernos juntos
otra vez, como antaño,
los que en la vida fuimos compañeros,
los que en el Arte fueron soberanos:
Néstor magnífico y Tomás egregio,
cantores máximos del mar Atlántico.

—De este mar que meció también la cuna
del Abuelo inmortal que tanto amamos—.

Dime si has vuelto a ver
a los que en el desierto nos guiaron:
Los fraternos Doctores —siempre unidos—
con su *Compañerito* de la mano;
el viejo vate de arrogancia austera,
palabra sobria y pensamiento claro,
y tantos otros, deudos y maestros,
que sus nobles doctrinas nos legaron.

Dime, además si has visto,
como en campos de Soria, deambulando
por el Celeste Huerto al gran Antonio
con su Leonor del brazo.

Y al ínclito Darío.

Y a don Miguel, el sabio
Rector de Salamanca la Doctora,
con su tesón de vasco
gritando su criterio a todas horas,
siempre con sus ficciones dialogando...

Y si todo es mentira,
si nada es cierto de lo que pensamos
y el «nunca más» fatídico
ha de ser el final de nuestros pasos;
si no hemos de ver más lo que antes vimos
ni alcanzar la equidad que imaginamos,
entonces, Rafael..., ¡calla mi boca!
Quede aquí tu recuerdo aprisionado.
¡Que el bronce cumpla su misión de gloria!
Yo seguiré, callado,
al ritmo lento de mi vida oscura
el lino de los sueños devanando...

1955

En el acto inaugural de su monumento.

HABLA UNA VOZ

He callado sintiendo el horror del combate,
el cañón que derrumba, la metralla que abate,
las espadas sangrantes en la siega feroz;
he callado sintiendo el temblor del espanto,
la tragedia del grito, el quejido del llanto...
porque todo se hacía en el nombre de Dios.

He mirado ciudades convertidas en llamas;
y entre escombros humeantes, muertos niños y ancianos,
en un bárbaro ataque sanguinario y atroz;
he mirado las cunas hechas pastos del fuego,
y he callado ante el loco, he callado ante el ciego...
porque todo se hacía en el nombre de Dios.

He sabido que el hambre hacía estragos tremendos,
que se han dado suplicios y castigos horrendos,
con el odio en el alma y el rugido en la voz;
y ante tanto hecho bárbaro, ante tanto delito,
he llorado de rabia, con dolor infinito,
¡porque todo se ha hecho en el nombre de Dios!

MIRANDO EL MAR

De tanto mirar el mar
voy creyendo sólo en él
y olvidando lo demás.

Pasan las generaciones.
La tierra se resquebraja
con volcanes y ciclones.

Se hunden montes y ciudades.
El sol brilla y se oscurece...
Todo, al tiempo, es deleznable...

Sólo el mar en su grandeza
vive eterno e inmutable.

EL DOBLE

Ya no sé si soy yo o es aquel hombre
que está ahí, frente a mí, o en cualquier parte;
aquel que se disfraza con un nombre
que no es el mío, aunque mi ser comparte.

Aquel ser temeroso y reverente
que mi amistad tímidamente implora,
que unas veces me mira indiferente
y otras sonríe, o desespera y llora.

El ser que me acompaña y me persigue
fatalmente en la ruta, donde sigue
la duda ahondando el porvenir incierto...

No sé quién soy ni sé quién esto escribe,
si soy yo o es el otro, que concibe
y labora por mí, porque yo he muerto.

Saulo Torón nació en Telde (Gran Canaria) el 24 de junio de 1885 y se traslada muy pronto a Las Palmas. De carácter retraído, Saulo Torón desempeñó diversos oficios hasta llegar a apoderado de Miller & Cía., de la que se jubiló en 1959.

Sus libros se editaron por iniciativa de sus amigos: *Las monedas de cobre* (1919), *El caracol encantado* (1926), *Canciones de la orilla* (1932) y *Frente al muro* (1963). Ventura Doreste y Alfonso Armas prepararon la edición de sus *Poesías* (1970), mientras Joaquín Artiles editó sus *Poesías satíricas* en 1976.

Punto de referencia para las nuevas generaciones, Saulo Torón fue objeto de varios homenajes en Gran Canaria y en Tenerife. Falleció en la ciudad de Las Palmas el 23 de enero de 1974.

José Carlos Cataño (La Laguna, 1954) cursó estudios de Bellas Artes en Santa Cruz de Tenerife y de Filosofía y Letras en su ciudad natal, licenciándose en Filología Románica en la Universidad de Barcelona. En 1974 obtiene el Premio de Edición «Benito Pérez Armas» con *El Exterminio de la luz*, escrita por el heterónimo Pórfido Santos John. Autor de *Disparos en el paraíso* (1982), *Muerte sin ahí* (1986), *El Cónsul del Mar del Norte* y de las novelas *De tu boca a los cielos* (1985) y *Madame* (1989), reside habitualmente en Barcelona, con estancias regulares en Martinica. Su relación con la cultura canaria ha sido intensa y constante a través de ensayos, encuentros literarios, textos para catálogos y comisariado de exposiciones.



Biblioteca Básica Canaria

1. *Historia de la Literatura Canaria*: María Rosa Alonso.
2. *Romancero Tradicional Canario*: Maximiano Trapero.
3. *Lírica Tradicional Canaria*: Maximiano Trapero.
4. B. CAIRASCO DE FIGUEROA: *Antología poética*.
5. Antonio DE VIANA: *Antigüedades de las Islas Canarias*.
6. Silvestre DE BALBOA: *Espejo de paciencia*.
7. Fr. Andrés DE ABRÉU: *La vida de San Francisco*.
8. Cristóbal DEL HOYO, Vizconde de Buen Paso: *Carta de la Corte de Madrid*.
9. José DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia de Canarias*.
10. José CLAVIJO Y FAJARDO: *El pensador*.
11. Tomás DE IRIARTE: *Fábulas Literarias*.
12. Nicolás ESTÉVANEZ: *Fragmentos de mis memorias*.
13. Benito PÉREZ GALDÓS: *La Fontana de Oro*.
14. Luis y Agustín MILLARES CUBAS: *Antología de cuentos*.
15. Benito PÉREZ ARMAS: *La vida, juego de naipes*.
16. Ángel GUERRA: *La lapa y otros cuentos*.
17. *Ensayistas canarios*: Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel SARMIENTO: *Obra Narrativa*.
19. Domingo RIVERO: *Obra Completa*.
20. *Antología de la Poesía de finales del siglo XIX*: María Rosa Alonso.

21. Manuel VERDUGO: *Estelas y otros poemas*.
22. Tomás MORALES: *Las Rosas de Hércules*.
23. Alonso QUESADA: *Insulario (Verso y Prosa)*.
24. Saulo TORÓN: *El caracol encantado y otros poemas*.
25. Francisco IZQUIERDO: *Medallas y otros poemas*.
26. Claudio DE LA TORRE: *En la vida del señor Alegre*.
27. Emeterio GUTIÉRREZ ALBELO: *Campanario, Romanticismo y Enigma del invitado*.
28. Fernando GONZÁLEZ: *Antología poética*.
29. Agustín ESPINOSA: *Crimen y otros textos*.
30. Josefina DE LA TORRE: *Poemas de la isla*.
31. Domingo LÓPEZ TORRES: *Obra Completa*.
32. Pedro GARCÍA CABRERA: *Entre cuatro paredes, Transparencias fugadas y Dársena con despertadores*.
33. Pedro PERDOMO ACEDO: *Antología poética*.
34. Pedro LEZCANO: *Paloma o Herramienta*.
35. Agustín MILLARES SALL: *La palabra o la vida*.
36. Félix CASANOVA DE AYALA: *Poesía*.
37. Manuel PADORNO: *El Nómada sale*.
38. Arturo MACCANTI: *El eco de un eco de un eco del resplandor*.
39. Luis FERIA: *No menor que el vacío*.
40. Justo JORGE PADRÓN: *Antología poética 1971-1988*.
41. Lázaro SANTANA: *Bajo el signo de la hoguera*.
42. Eugenio PADORNO: *Teoría de una experiencia*.
43. Juan JIMÉNEZ: *Itinerario en contra*.
44. Isaac DE VEGA: *Conjuro en Ijuana*.
45. Rafael AROZARENA: *Mararía*.

46. Alfonso GARCÍA RAMOS: *Guad.*
47. Juan Manuel GARCÍA RAMOS: *Malaquita.*
48. J. J. ARMAS MARCELO: *El árbol del bien y del mal.*
49. Luis LEÓN BARRETO: *Las espiritistas de Telde.*
50. Juan CRUZ RUIZ: *Crónica de la nada hecha pedazos.*
51. Luis ALEMANY: *Los puercos de Circe.*
52. Nivaria TEJERA: *El barranco.*
53. Víctor RAMÍREZ: *Cada cual arrastra su sombra.*

Se acabó de imprimir
el día 19 de enero de 1990,
en los talleres de
MARIAR, S. A.,
de Madrid.

En *El caracol encantado*, pero también en los poemas fragmentarios de sus otros libros, en los "Ritmos y cantares" de *Frente al muro*, *Resurrección y otros poemas*, puede leerse el mar de Torón como un cielo encantado, como un espacio para el pensamiento, y este pensamiento, como el padre Ulises, el que gobierna el rumbo de una poesía concebida, a la manera de Dante, como navegación, el periplo de un corazón marinero.



Biblioteca Básica Canaria



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

socadem